ANTOLOGÍA ADO GL 4

Lee mientras viajas

© Óscar de la Borbolla, Josefina Estrada, Saúl Ibargoyen, Hernán Lara Zavala, Vicente Leñero, Rosa Nissán, Ignacio Padilla, Elisa Ramírez y José Luis Zárate.

Ésta es una publicación de ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

www.brigadaparaleerenlibertad.com
brigadaparaleerenlibertad@gmail.com

Cuidado de la edición : Alicia Rodríguez
Diseño de interiores: Daniela Campero

© De la edición: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V. y Para Leer en Libertad A.C.

Editor: Para Leer en Libertad A.C.
Atlixco 163, Col. Hipódromo Condesa, Delegación Cuauhtémoc, C.P 06170, México, DF.

Abril 2012
Primera Edición
ISBN en trámite

Coeditor: ADO y Empresas Coordinadas, S.A. de C.V.
Calzada Ignacio Zaragoza número 200, Colonia Siete de Julio, Delegación Venustiano Carranza, C.P. 15390, México, DF.

Abril 2012
Primera Edición
ISBN en trámite

PRESENTACIÓN

ADO GL y **Para leer en libertad AC** tienen el agrado de realizar conjuntamente el lanzamiento de la cuarta ANTOLOGÍA ADO GL, como parte de la celebración del primer año de implementación del programa **LEE MIENTRAS VIAJAS**.

Esta edición, se distribuirá a los pasajeros que viajan entre la Ciudad de México, Puebla, Jalapa y Veracruz, en las líneas **ADO GL** y **ADO Platino**.

Esperamos que disfruten su viaje leyendo acompañados de los textos de estos nueve autores que gustosamente escribieron sus obras para ser incluidos en esta cuarta Antología **ADO GL**.

Lic. Rafael Kobayashi
Gerente Comercial México.

Paloma Saiz Tejero
Para Leer en Libertad AC.

ÍNDICE

Óscar de la Borbolla

PÁGINAS DE MI DIARIO.....11

Josefina Estrada

PIEL BANDIDA.....17

Saúl Ibargoyen

LOS GLADIADORES.....33

Hernán Lara Zavala

EL INFIERNO TAN TEMIDO.....41

Vicente Leñero

EL CIGARRO.....55

Rosa Nissán

MIENTRAS... MIENTRAS.....63

Ignacio Padilla

LOS ANACRÓNICOS.....69

Elisa Ramírez

SELECCIÓN DE POEMAS.....89

José Luis Zárate

EL HERALDO.....95

PÁGINAS DE MI DIARIO

ÓSCAR DE LA BORBOLLA
A ULISES

18 DE DICIEMBRE. Hoy hace una semana que comenzaron a llegar ángeles al jardín de mi casa, montones de ángeles, legiones enteras como las que aparecen en los retablos cristianos, como las que describen los obispos en sus homilías o Dante en su Commedia. Bajan batiendo sus alas, levantan remolinos de polvo y hojas secas y se posan sobre la jacaranda y en las ramas del pirul. No hablan, no se mueven, no parece importarles el cuchicheo de mis vecinos ni esa manera, casi hostil, con la que los observan; simplemente se recorren para hacer sitio a los nuevos ángeles que a cada tanto llegan y luego vuelven a permanecer quietos, ajenos e imperturbables. No son de gran tamaño: con las alas extendidas medirán a lo sumo medio metro y, de los pies a la cabeza, unos treinta centímetros. En siete días han colmado el jardín de mi casa: por la ventana de mi cuarto entra una luz azulosa, un resplandor del mismo tono que el de las plumas de estos ángeles.

Sé que este fenómeno es muy raro, que los ángeles, hasta donde las crónicas ilustran, jamás vienen a la Tierra, y menos con el fin de pararse sobre los árboles

como si fueran una pandilla de vagos sin oficio ni beneficio. Sin embargo, su presencia no es lo más extraño; a lo que en verdad no encuentro sentido, por más vueltas que le doy, es al hecho de que estén en el jardín, pues yo no tengo ningún jardín. Es más, a lo que llamo ampulosamente "mi casa" es un departamento ubicado en un segundo piso, adonde no existe otra vegetación más que una nochebuena un tanto marchita que sobrevive en su maceta desde el año pasado. Y tampoco es posible que de un modo alegórico hable de "mi jardín" refiriéndome a un solar con árboles que domine desde alguna ventana de mi casa, pues todas mis ventanas dan a un cubo de luz, más bien oscuro, por el que baja el sol de vez en cuando hasta una zotehuela cubierta de cemento, y allí ni por casualidad hay nada, a no ser unos tanques de gas que envenenan constantemente el aire de mi departamento.

Sin embargo, allí están los ángeles llenando de parte a parte el jardín de mi casa: tanto el pirul como la jacaranda están cuajados de angelitos inmóviles.

20 DE DICIEMBRE. Por lo visto los ángeles ya no caben en el jardín, pues hoy encontré varios en el tubo de la cortina de baño. Estaban al alcance de mi mano y no pude reprimir el deseo de tocarlos: son blandos y fríos, manchan los dedos con una sustancia azul similar al talco y, al parecer, tienen las cosquillas en los mismos lugares que nosotros, pues estuve haciéndolos reír.

La franqueza de su intromisión me decidió a plantear el asunto a mi esposa: Oye, Beca, le dije, ¿no has notado que hay ángeles en el jardín? Ella volteó sorprendida y

me preguntó: ¿En el jardín? Bueno, respondí, en el departamento... ¡Ah!, sí, ya me había dado cuenta; ayer aplasté uno al sentarme en el sofá, pero no le pasó nada. La naturalidad con que despachó el tema para recordarme que esa noche tendríamos invitados, más que desconcertarme, me contagió. Total, pensé, qué tiene de particular que haya ángeles en el departamento: lo extraño en todo caso es que los haya en el jardín. La mañana transcurrió como de costumbre, salvo que al ir a ducharnos me dije: ángeles o no ángeles, estos intrusos tienen cara de pícaros, y los cubrí con una toalla mientras nos bañábamos.

Durante la cena yo estaba inquieto. Había ángeles por todos lados: en los huecos del librero, en los respaldos de las sillas, encima de los platos, pisando la nochebuena. Sólo faltaban en la conversación y yo me referí a ellos: ¿Ya se dieron cuenta, dije a los invitados, la cantidad de ángeles que hay en la casa? ¿Te lo parece?, comentó uno de ellos como poniendo en duda que fueran muchos. Y luego de ver a uno y otro lado agregó: No creo que pasen de cien, parecen muchos, pero se debe a que el departamento es chico. Ante esa respuesta consideré prudente no insistir en que había más en el jardín, y la velada siguió sin que nadie se preocupara por los ángeles, ni siquiera cuando uno revoloteó sobre la mesa, pescó con ambas manos la botella de vino y se empinó lo que sobraba en un rincón de la cocina.

21 DE DICIEMBRE. Los ángeles me tienen vuelto loco: cometí la imprudencia de preguntarles qué hacían en mi casa y llevan más de seis horas cantando a coro sin parar.

No entiendo lo que dicen: las frases musicales son armoniosas, no lo niego, pero a no ser la palabra “jardín”, lo demás me resulta ininteligible.

Están interfiriendo en mi vida: vencieron las ramas del pirul y de la jacaranda, han embarrado las paredes y los muebles del departamento con su polvo azul y, ahora, para colmo, no dejan de cantar. Llevo días sin poder concentrarme.

26 DE DICIEMBRE. No he podido escribir nada. No quiero cantar victoria, pero me da la impresión de que la plaga de los ángeles ha comenzado a disminuir.

28 DE DICIEMBRE. ¡Viva! Hoy no encontré ni un solo ángel en el departamento y eso que busqué hasta debajo de la cama.

31 DE DICIEMBRE. Extraño el jardín...

PIEL BANDIDA

JOSEFINA ESTRADA

Señora, custodia de asesinos y malvivientes, te ruego que lo protejas. Cuídalo de los cobijazos, del veneno y hasta del aire que respira. Me precio de ser una de tus más humildes devotas y, con fervor verdadero, solicito tu amparo. Ninguno de cuantos han implorado tu socorro ha sido abandonado por ti. Por eso, doy gracias a tu divino poder: ¡Melesio, mi enemigo, está preso! Ahora conozco cada uno de sus movimientos. En la calle, era más difícil seguirle los pasos. Pero, como bien sabes, en la cárcel, por más que te arrincones, la muerte te encuentra. Por eso, Santita, extiende tu manto de protección y conjura cualquier daño que lo amenace. Vigílalo, mientras yo mantengo, por el resto de mi vida, de día y de noche, tu altar iluminado. Te encenderé tu cigarro, te serviré tu tequila y las manzanas y las flores serán las más coloridas.

Aunque de mí todo lo sabes, con la reverencia que me mereces, permíteme presentarme: soy la mejor bandida de México. Dije bien: bandida, no ratera. Una bandida es una señora de respeto, que conoce de armas. Que sabe ordenar y tiene cabeza para planear un asalto. No conozco

mujer más hábil que yo. No soy ninguna guaguarona, hocicona, que habla porque tiene lengua, que la tengo, y muy juguetona; pregúntale a mi vieja. Doce años de cárcel me dan la razón. En ese tiempo, cuanta taruga se dio el lujo de perder la libertad, yo la conocí. Y ninguna, ni siquiera las guerrilleras centroamericanas, tenían mi destreza. Entienden de armas, cierto, pero no saben ganar dinero ni vivir de su trabajo. Dicen que saben romperse la madre, pero a todas las desarmé. Bueno, les quité el palo de escoba, que supuestamente era el rifle. En los asaltos, yo era la que iba adelante para desarmar al policía. Nada más fácil. En el Pentatlón es materia de kínder. ¿Cómo ves? Mi tío quería que yo fuera oficial del ejército, como él. En realidad, me mandó a adiestrarme a la escuela del crimen. La universidad, la penitenciaría, también él me la pagó.

Para que te des una idea de mi fama, deja, te cuento, que los capos más poderosos de los reclusorios quisieron conocerme. Me invitaron a su mesa y fumé de su mariguana e inhalé la coca más fina que hayas probado. Pagaban a mujeres divinas para llenarles el ojo. Había un cruce endemoniado entre corrupción y prostitución; nadie quedaba a salvo. Todos participaban para que las internas de buen ver visitaran a los mafiosos más célebres. Por eso, Tepepan se vestía de fiesta cuando las reclusas eran invitadas a esas orgías. Desde muy temprano, mis compañeras alquilaban chuchería y media para emperifollarse.

Has de saber que tuve cinco maridos; fea no soy. Pero mi atractivo no está en las nalgas, porque soy flaca. Tengo el don de atraer a hombres y mujeres porque nací con un sexapíl brutal. Hay algo en mí que domina,

seduce y arrebata. Como si les despertara el animal que llevan dentro. Me explico: un perro reconoce a otro perro, de aquí a la esquina. Bueno, un mafioso reconoce a otro. Se huelen, se atraen. Una vez, en la calle, estaba un batallón de granaderos hablando muy quitados de la pena, y cuando pasé frente a ellos se quedaron mudos, mirándome con la fijeza con que se observa a la hembra con la que vas a aparearte. No deja de ser curioso que hasta la policía sienta mi llamado; yo, que los quiero lejos. Pero también ha de ser porque policía y delincuente pueden ser ramas del mismo árbol.

Habrás oído de Caro Quintero. Don Rafael, le decía. Muy risueño, con camisas almidonadas, de marca, y bien planchadas. Rasurado, oliendo a lociones caras. De cabello abundante y encanecido. Él me quería en sus filas. Me decía que mujeres chulas las tenía por montones, pero todas ellas no valían mi dedo meñique. Él conocía mis antecedentes penales. Sabía que había hecho un asalto espectacular y cuantioso, que mi tío, el militar, me había puesto el dedo. También estaba enterado de que no había delatado a ninguno de mis juanes. No sé si todavía se acostumbre, entre los atracadores, usar el apelativo de Juan; todos los hombres se llaman así. Es para prevenir que a la hora del atraco, no se te vaya a salir el nombre verdadero. Lo que quiero decir es que no estaba purgando condena porque me hubieran aprehendido sino porque me habían delatado. Y ellos, los señores de la droga, saben apreciar la diferencia. Pues don Rafael me hizo la corte; repito, no para calentarle la litera sino para ponerme al frente de sus negocios. Y aunque varias veces me hizo obsequios lujosos y

me dio dólares a manos llenas, nunca le di el sí. A pesar de que él era un encanto de señor —tanto que nunca lo pude tutear—, pero a mí no me agrada ese tipo de patrones. No me gusta que me den órdenes. A mí me cuadra ser la jefa de mi banda. Seleccionar al personal.

A este punto quería llegar. Todo preso sabe que la vida sigue, que nada se detiene mientras está enchiquerado, pero yo nunca imaginé que el mundo hubiera cambiado tanto. Está mal que yo lo diga, pero no he podido adaptarme. Ja, y eso que viví 12 años en Readaptación Social. Al principio, cuando salí de la cárcel, me alinié por la derecha. Estaba escamada, hasta el ruido de la calle me daba miedo. Con decirte que olvidé cómo pisar las banquetas. Nada más quería estar con mis hijas. Tuve cinco; una con cada marido. A la más chica la dejé gateando cuando me detuvieron. A los pocos meses de libertad, me cansé de interpretar mi papel de madre cariñosa; no se acoplaron a mí ni yo a ellas. Les daba la impresión de que yo era una golfa, que no salía a trabajar. Mi madre y mis hijas, las mayores, estaban acostumbradas a la buena vida que les di cuando era bandida. Por sus malas caras y las indirectas, entendí que debía salir a talonear.

Y me puse a localizar a mis juanes, pero me encontré conque estaban en prisión o ya los habían matado o andaban huyendo. Corrió la voz de que estaba buscando chamba y vinieron a verme. Me apalabré con algunos y fue, entonces, cuando me percaté que las nuevas bandas carecían de las reglas más básicas. Los integrantes llegaban drogados a trabajar. No daba crédito. ¿Cuándo, en mis tiempos, se vio eso? Al talón se llega con los cinco

sentidos bien puestos o mejor ni llegas. Y lo que más me rompió el alma es que los jóvenes roban para drogarse. Para fumar bote: cocaína inhalada. Esa fregadera los estupidiza. Les roba la voluntad. Fumar y fumar hasta que se les enfríen los pulmones.

En mis asaltos, nunca maté a nadie; nomás les saqué el cuete. Es violencia, pero tengo una cualidad: a mí, me gusta respetar la vida humana. En cambio, los ladrones de hoy sueltan el disparo hasta porque voló la mosca. Y es que la coca los vuelve violentos. ¿Cuándo yo maté a alguien porque no traía dinero? ¡Nunca! Porque yo seleccionaba donde estaba el bueno. Jamás me acerqué al pobre empleadito que sólo trae para su pasaje. Y ésa es la juventud con la que me encontré. Bandas sin línea de mando. En mis tiempos, era ley que no se repartía el botín hasta que todos estuvieran reunidos. Y hoy, se da la rebatinga, aprovechándose de esos zombis que, por cualquier moneda, venden el alma al Diablo. Ni siquiera merecen el nombre de ladrones. Son malvivientes. Malhechores.

Me doy cuenta de que entre más hablo, más me voy pareciendo a mi abuela cuando me contaba historias de la Revolución. Los viejos siempre creen que su época era la edad de oro y que todo lo demás ni a relumbrón llega. A lo mejor a Melesio le pasa lo mismo, cree que su estilo es el mejor. En ese punto no vamos a ponernos de acuerdo. Ya lo quiero ver asaltando un banco a él solito. Esa historia hasta salió en televisión: Ciudad Desnuda me boletinó. Mi rostro, mis cuatro tatuajes y todas mis señas particulares salieron a relucir. Otra modernidad... En mi época, ¿cuándo iba a verse un asalto en vivo, en directo y a todo color?

Pues, esa mañana, ya daban por muerta a Silvia Silva Salas, tu servidora. Mi madre ya me lloraba y mis hijas, de rodillas, me rezaron el Yo, Pecador. En ese asalto, hubo dos juanes muertos, un policía y una chava. Por eso, en un primer momento, mis familiares la confundieron conmigo. Y detuvieron a un juan. No quiero parecer una Juana Camaney, pero ese cuento ya pasó a la historia; el programa de televisión, también ya valió. Pero aquí, en el barrio, no lo olvidan. Y por más endiosado que el Melesio anduviera, no creo que haya ignorado ese episodio.

Antes de atracar, le dije a mi juan:

—¿Tienes miedo?

— No —me contestó.

Yo estaba vestida con un traje sastre, zapatos de tacón y medias. Con tranquilidad nos dirigimos al mostrador donde estaban las formas. En eso, se oyó ¡pum! Un balazo. ¡Pum!, otro.

—¡Ya valió madres! —grité.

—¡Chingó a su madre! —dijo mi juan.

Y cortó cartucho, se puso el paliacate y salió. Casi todos los clientes se tiraron al suelo. El policía lo pescó del cuello y juan le disparó... Vi al policía volar. Fue cuando me di la media vuelta y grité, con la pistola en la mano:

—¡Quietos!

En eso, se abrió una puerta y salió la señora del aseo. Se quedó de pie, sin entender lo que pasaba. Le ordené:

—¡Al suelo, al suelo!

Nada más se me quedaba viendo. Le corté a la pistola y con la mirada le dije que se volteara a la pared.

Obedeció. El aluminio de la cubeta, rodando por el piso, le puso sabor al silencio.

El tono de voz es muy importante en los asaltos. Se tiene que emplear una voz fuerte, de mando. Debo fingir que estoy enojada. Remarco: fin-gir. Aparentar, ponerse una careta de mala. No conozco a nadie que lo haga tan bien. Que finja que está emputada para apoderarse del dinero. A ciencia cierta, no sé lo que es estar encabronada, en el trabajo, porque nunca lo he estado. Pero la gente tiene que creer que estoy enfurecida. En cuanto salgo, me quito la máscara.

A un cajero le dije:

—Te voy a matar. Si nos matamos, me vale verga.

Fue cuando abrió la caja; uno se tiró al suelo y otro me dio el dinero. Me pasé a la siguiente caja y miré hacia fuera. Mi juan seguía peleando con el policía; no lo había matado. Guardé el dinero, me quité las zapatillas y las eché a la maleta, junto con las pistolas. Y me salí caminando.

Me encontré con el policía herido. El juan ya no estaba. Sentí miedo, pero no cambié mi expresión. Sangre fría. Cuando iba cruzando la puerta del banco, el policía, que le salía borbotones del cuello, me suplicó:

—Háblele a una ambulancia, por favor.

—Sí, ahorita —le respondí.

Disculpa que te insista, pero no creo que Melesio tenga los tamaños para contestar "Sí, ahorita" y mirar de frente esos ojos empañados de muerte, para luego salir caminando a paso normal. Si los guardias del otro banco se hubieran percatado que no traía zapatos me hubieran detenido, pero nadie me atajó. Cualquiera sabe que

el asaltante, en el trayecto de su huida, se va quitando la ropa; en mi caso, me quité las zapatillas porque me estorbaban para correr. La calle estaba oscura de pólvora. Pisé el charco de vísceras maceradas de la mujer que mataron. Vi venir una patrulla. Me recargué en un puesto de jugos. Me metí corriendo al paso a desnivel. Y llegando, al otro lado de la calle, saqué los tenis y la playera; me los puse. Pasó una pesera y me subí. Estaba en Iztapalapa. En el asiento trasero, me quité la falda y me puse el pants y me desaté la trenza.

El miedo no me dejaba. El atolondramiento en estos menesteres siempre te acompaña y el que diga lo contrario, miente. Oía las ambulancias, los helicópteros, las patrullas. Tenía ganas de ver el dinero. ¡Verlo! No sabía qué horas eran; nada más sabía que traía la plata y debía irme del sector lo más pronto posible. Me bajé en Coyoacán.

Y como no tenía muy clara la dirección donde nos reuniríamos —en ningún momento se discutió la posibilidad de la desbandada—, durante horas anduve de aquí para allá; al tanteo, llegué a la casa del jefe. Fue a uno de los que mataron. Su mamá y su esposa estaban destrozadas. Les dejé la lana del asalto. Les sugerí que de ahí pagaran al abogado que defendería al juan que habían agarrado. Eso es ser ley. No me lo figuro haciendo lo mismo, insisto.

Éramos 12 en el plan. Todo falló. Lo que realmente pasó fue que los juanes se agarraron con los policías antes de entrar. Eran dos asaltos simultáneos. Los dos bancos, uno grande y otro chico, están juntos, en una curva. Yo entré en el chico. Si ellos no hicieron lo que tenían planeado, fue porque no lo cronometraron. Pero el error principal

fue que quisieron parar al guardia de lejos; eso-jamás-debe-hacerse. El policía está capacitado para responder al ataque. Él te va a sorprender siempre. Para asaltar a un policía tienes que conocerlo: cómo se para, cómo trae el arma. ¡Ah, no, pues hasta mi juan sacó la pistola y lo quiso parar de lejos; claro, el oficial le disparó! ¿En qué cabeza cabe hacer una estupidez de ese tamaño? ¿Cómo se atrevió a sacar el cuete antes de pararse junto a él? Cuando estábamos planeando, les pregunté:

—¿No voy a parar a ningún policía?

—A nadie —me contestaron.

Yo sí lo hubiera parado. Lo habría sometido, porque le hubiera dado confianza, preguntándole cualquier cosa. Y cuando él hubiese bajado el puesto, o sea la pistola, lo hubiera inmovilizado. Pero estos juanes no lo midieron. En lugar de acercársele, le sacan la pistola y lo ponen en alerta. El policía estaba cumpliendo su deber. ¿Cómo iban a moverlo de ahí? Si le pagan por estar parado.

Esos juanes decían ser asaltabancos. Confié en ellos. Repito: soy bandida, pero carecía de la experiencia de los asaltabancos. A mí me buscó esa banda y no me extrañó su desorden. "Así son las bandas modernas", pensé. Hoy planeaban una estrategia, mañana la cambiaban. O diseñaban un mapa, con la ubicación de cada uno de los elementos, y luego, la movían. No fui yo quien dio las instrucciones. Me concreté a hacer lo que me dijeron:

—Tú, llegas, te metes y barres.

A la mera hora nadie obedeció el plan. Igual, si yo me hubiera metido al banco grande, me hubieran dejado adentro porque automáticamente se cerraron las puertas.

Nunca entraron al banco. La balacera se dio afuera. Nada más agarraron a mi juan. Si él no se hubiera calentado, hubiéramos salido los dos. Pero él quiso irse a pelear con el policía. Lo dejé ir porque no se debe alegar en el trabajo: la adrenalina está a flor de piel. Si ya la libraste, por estar alegando, riegas pistas; el gentío te mira. Eso no se puede evitar. La gente después declara. No lo hace por maldad sino porque está espantada; por eso, te delata.

A la mujer que mataron era novia de uno de ellos. Cuando lo supe, a mí que ya nada me sorprende, me escandalicé. Sucede que el joven se la encontró en el camino, y le dijo:

—Voy a hacer un trabajo.

La muy tonta le pidió que la llevara y, el juan, para lucirse, la subió al coche. Me resulta penoso este detalle; en mis tiempos, se respetaba la asociación delictuosa.

Mi familia me daba por muerta porque sabía adónde había ido. Siempre me fui al talón con la bendición de mi madre. Ella tiene que estar enterada para rescatar mi cadáver si es preciso. Si de algo quiero salvarme es de la fosa común. Pobre de mi jefa, por años ha tenido la desgracia de visitar reos. Hubo una época en que se la pasaba toda la semana viendo a su raza en los diferentes ceresos. Ahora, nada más, está mi hermano y uno de mis maridos. Yo no puedo ir a visitarlos porque nos está prohibido a los ex convictos pisar esos lugares.

Y yo, que no podía darme el lujo de perder mi libertad, he tenido dos encierros después de la cárcel. El primero, obviamente, cuando huí después del asalto. La policía podía echarme el guante en cualquiera de los sitios que

frecuentaba. Por eso, tuve que dejar mi cantón, a mis hijas y a mi madre. Acepté la protección de Marisa, la mujer que tenía años pretendiéndome, pero no me gustaba. En esos momentos, no estaba para escoger. Desde entonces me mantiene. No la amo; lo sabe. Pero la quiero, cómo no querer a quien te cuida. Y me trae noticias de mi raza. En el segundo encierro, por fuerza, me vinieron a contar sus hazañas. Por eso, sé que se llama Melesio y le apodan el Güevo. Que se dedica al secuestro y que es el terror del barrio. Que saca la pistola hasta porque lo miraron chueco. Yo, que ni la madre le menté, de todos modos, me baleó.

Es una broma del Diablo, de quién más. Tenía que ser un escuincle caguengue quien me diera en la torre. No fue la tira, no fue un ciudadano agraviado en sus intereses. Ni siquiera un custodio, de los tantos que amenacé cuando se pasaban de verdolagas. A cuántos me les paré enfrente y les dije, a manera de presentación, tronándoles los dedos en sus narices:

—¡Silvia Silva Salas! ¡Grábate bien este nombre porque será lo último que escucharás antes de morir!

Y mis palabras resonaban como la víbora cascabel que se acerca a su presa antes de descargar el veneno. Paralizados, mudos, viendo en mis ojos la muerte. Lo difícil era no reírse en su pálida jeta. Al más maldito de los custodios le sudó el cubanito. Después de esa amenaza, jamás volvían a meterse conmigo. Hasta se cuidaban de tropezarse con mi mirada. Ahora, yo me pregunto, porque no hago más que preguntarme, ¿a qué viene este castigo? ¿Por lesbiana? Si esa madrugada, Marisa no me hubiera pedido un beso, no me incorporo y él no me hubiera dis-

parado, sino a ella, a quien iba dirigido el balazo. Pero me dio a mí y me mandó a purgar todos mis pecados.

Ninguna cárcel me castigará como me madreó esa bala que me atravesó el hombro, esófago y se incrustó en la columna. No busco tu lástima ni quiero chantajearte, contándote la miseria que viví en esos meses de hospitales, operaciones y dolorosas fisioterapias. Nada más para que te des una vaga idea de mi martirio, déjame decirte que una vez vi a una loca, allá en la cárcel, desnuda, que se cagó y luego se tragó su mierda, como si fuera crema chantillí. Sin ningún gesto que denotara asco ni placer.

En cambio, yo he tenido que revolcarme en mi porquería y tragar la sal de mis lágrimas. Aunque suene cursi, es neta. En mi miserable intento de ir al baño y sentarme en el excusado, me resbalé y me batí en mi suciedad. Por horas estuve tirada en el cemento helado y mojado hasta que vino Marisa. Y añoré la dicha de la locura. Ignorar que estaba paralítica. Que estoy atada a esta silla. Con las manos tullidas, sin poder tejer; de mis dedos salían primorosos suéteres, de exposición. No en balde fui la mejor maestra de tejido de la penitenciaría.

Ahora, mi único lujo es tomar el sol. En Tepepan nos asoleábamos. Pero también bailábamos, nos cachondeábamos. Pero hoy ni la grabadora a todo volumen puede llevarme a esa alegría. ¿Cómo puede ser que extrañe los días de condena? ¿Cómo entender que entonces era feliz?

Marisa es burócrata. En la noche le gusta sacarme a pasear, a escondidas, en su coche. En diciembre, en la tercera posada, se dio la bronca entre ellos dos. Íbamos a la vinatería por cerveza y botanas. Marisa se bajó y el

Güevo quiso tortearla. Se conocían de vista. Se hicieron de palabras. Se testerearon. Él, muy sácale punta, la quiso asustar con la fusca. Ella, acostumbrada a mi rudeza, no se amilanó y se burló de él. Hasta un botellazo le soltó: la corcholata de la caguama le arañó la jeta.

Y yo, sin saber nada, recostada en el asiento del auto. El ambiente olía a pólvora. Me arrullaba el ruido de los cuetes y palomazos. Me alegraba que Marisa me llevara al Mirador de Cuernavaca, donde nos gustaba imaginar a la ciudad como un nacimiento. Nos divertía planear dónde pondríamos el pesebre, la estrella, los Reyes Magos. Por supuesto, los riachuelos pasarían por Río Churubusco y el Viaducto. Allá íbamos, y por eso pasamos por las chelas. Cuando regresó, no hizo el menor comentario; encendió el radio y nos alejamos. Al rato, me dijo:

—Silvia, ¿me das un beso?

Me incorporé para dárselo y sentí un golpe caliente en el hombro. En el pecho, en la espalda. Dolor intenso, como relámpago negro. Oí los fogonazos, el grito agudo y aterrado de Marisa. Y fue cuando ella vio al Güevo, en su coche deportivo último modelo, aparejado al nuestro, disparando a lo tarugo.

Santita... Qué más te puedo decir. Ya te puse al corriente. Has quedado muy chula. Aunque el departamento es muy pequeño, te he reservado esta esquina para poner tu iluminado altar. El mejor que he visto. En la cárcel, las delincuentes más temibles te rezaban. Por ellas sé que eres vengadora. Que hay que cumplir las promesas que se te hagan o se te revierte la petición. Si tú me cumples, te pro-

meto tatuarme tu imagen en mi pecho. A partir de hoy, a la medianoche, vendré a prenderte tu cigarro. Así, paradito, sin que se caiga la ceniza. A revisar que las manzanas estén frescas. Que tu agua esté limpia. De día y de noche vigilaré que las veladoras estén encendidas. Sé que te enoja la oscuridad. Y, sobre todo, te vendré a contar las nuevas.

Le pedí a Marisa que me comprara a la Santa más grande que encontrara porque así quiero celebrar que hayas atendido mi ruego: El Güevo está acorralado. Me faltan palabras para explicar mi alegría. Meses siguiéndole la pista. Ahora sí, mi marido y mi hermano tomarán represalias. Donde vaya lo alcanzará mi venganza. Sé que vive encerrado en su celda y que tiene miedo hasta de asomar la nariz porque mi bróder se la tiene sentenciada. Aunque no es forzoso que mi carnal se ensucie las manos, con pagar unos pesos, una miseria, lo mata cualquiera. El Melesio ya ha de saber que en la prisión los asesinos a sueldo se llaman matadores. Son hombres que tienen condenas tan largas que ni con 30 vidas las alcanzarían a purgar. Y si ya no van a salir, pues se dedican a eliminar a los estorbos. Y si acaso, el Güevo saliera vivo del preventivo, cuando lo trasladen a purgar su condena, mi marido le hará la vida de cuadritos. Por el momento, a los dos les he rogado, implorado y hasta exigido que se la lleven tranquila. Que no tengo ninguna prisa por mandarlo al otro mundo. Quiero que pague, segundo a segundo, el daño que me hizo. Matarlo rápido le saldría barato. Si eso quisiera, ya lo habría mandado ejecutar. Pero hoy no tendría la dicha de conocer su agonía. El doble encierro en la cárcel es de lo más jodido. Ni al sol se puede salir. Es como estar apandado.

Y, por eso, el tiempo para él será más lento. En la cárcel mantuve viva la ilusión de salir libre y abrazar a mis hijas. Me sostuvo la esperanza, la gana de vivir. En cambio, a él le espera la muerte.

Señora, así como desviaste ese tiro y me salvaste de una muerte violenta, te pido que lo protejas. Déjame creer que soy la dueña de su vida. Aunque sé que la única patrona eres tú. Santa Muerte, protectora de los homicidas, los presos, los judiciales, de todos los que tienen que vérselas con la muerte todos los días, no lo descuides.

Ya me darás las entendederas para comprender mi encierro. A lo mejor escuchaste los ruegos de mis hijas y de mi madre. Quizás, dejándome tullida, me has salvado de una muerte anónima. De la fosa común o de morir en la calle, chambeando. Por eso, digo que siempre me has protegido, pero nunca te he rezado con tanta fe: Por favor, no te lleves al Güevo sin mi permiso.

LOS GLADIADORES

SAÚL IBARGOYEN

El Chapulín Negro sintió que las frecuentes manotas de Pancho Amargo le punzaban la espalda. También le entró por la distorsionada oreja derecha aquella orden machacada por séptima vez:

—¡Ándale, negrito mío! ¡A ver si me lo truenas de entrada, nomás!

Sabía que los dedazos de aquellas manos pasarían enseguida por sus nalgas, en un gesto propietarista que le erizaba las tripas. En los entrenamientos era lo mismo, y hasta con más pesadez. Pero ahora varios ensombrecidos montones de ojos estaban mirando con párpado excitado todo lo que ocurría y tendría que suceder sobre el reñidero.

"¡Pos que no me toquetees ansí, Pancho...!" casi le respondió, porque ni pudo juntar un buche del aire cercano que flotaba entre iluminaciones polvorientas, cuando fue empujado, cuando ya tenía hechos los dos pasos de reglamento: había cubierto el espacio preciso que indicaba al juez —una especie de indio con ancha osamenta— su disposición al combate.

Los lomos desnudos y las nalgas apenas vestidas con un reluciente calzón de seda negra percibieron

un alivio, la breve lejanía implantada entre el gladiador y Pancho Amargo. El segundo paso —que era también el ansioso final del primero— había dado testimonio de la cojera extravagante del Chapulín Negro. Éste escuchó con su oído diestro el risoteo que saltaba, entre vahos de tequila y cerveza, de la platea formada por cuatro anillos de apretadas butacas.

"Con una pantalla solita, menos se oye, pues..." se consoló instantáneamente y como siempre el Chapulín Negro. No necesitó acordarse de cómo le habían explotado el tímpano izquierdo y lastimado el derecho: un par de golpes simultáneos con la palma de la mano curvándose en busca del vacío brutal. Fue en su primera presentación, en su primera victoria, sobre aquel mismo palenque redondo, ya como un año y feria hacía de eso, aunque el Tecolote Gris decía que algunos meses más o algunos días menos.

La renquera fue generada de otro modo: pocas figuraciones le quedaban de cuando lo arrancaron de un sitio bienoliente a cilantro, a mangos abiertos, a uvas de cristal verde, a chile seco, a rábanos dulces, a humo de carne roja, a Sol. Una mujer aullaba con raro silencio, derramada en el piso desprolijo del mercado. El Chapulín Negro nunca oyó, ni siquiera en aquel momento que solía repetirse como una nube confusa en la tela de su memoria, los tonos desesperados del aullido; nunca oyó el ruido de las lágrimas que golpearon un rostro de pronto solitario. Recordaba certeramente, sí, la forzada y desgarrante doblez de su pierna, las tiras de cuero invencible, los ganchos y remaches de blanco metal. Todo ese tiempo así, mientras huesos, nervios y tendones se encogían.

El pie retorcido se clavó en la lona mancillada por mocos, escupitajos, coágulos, manchas indescifrables. El Chapulín Negro dejó de oír los pujos de angustia que estaban por desatarse en el interior de cada turbia risotada proveniente de la platea circular. El rival designado a través de sombríos acuerdos entre el Pancho Amargo y el dueño del denominado Grupo de las Iguanas, era en esta ocasión el Gran Lagarto.

—¡Es un chingón del carajo, ese bicho mañoso! —había insistido como tantas veces el Tecolote Gris durante la temporada de luchas, que ocupaba las semanas más frutales de la primavera.

El Tecolote era un gladiador suelto, sin equipo, sin dueño, como cada uno de los que entrenaban con el Pancho Amargo, menos la bola de novatos de la que era parte el Chapulín Negro.

—Tú y los otros, carnal, son propiedá de ese baboso. Mírame nomás: yo ando libre, peleo por mi cuenta.

—No chingues, hijo: tú también comes de sus tortillas, ¿sí o no?

—El elefante hablando de orejas... Él de mí sí que no se aprovecha. Los gastos de entrenamiento bien que se los descuenta con mis peleas. Así ganamos él y yo...

—Ahí queda, güey...

Las pláticas entre ellos dos siempre tenían como un perfume reiterado de flores fatigadas. El aliento de aquellas conversaciones se enraizaba demasiado en un clima de crueles sudores, de aceites y cremas que templaban músculos y huesos, de suaves olidas de pegamento, de algún toque a veces, de un necesario y discreto alcohol.

Al sentirse nombrado, el Chapulín Negro enderezó los ojos hacia el juez, quien sin mirarlo lo presentaba a los sórdidos murmullos y a las chocantes risadas circulares. Enseguida trató de ubicar el punto de donde emergería el Gran Lagarto, porque el reglamento no marcaba ese detalle. Asunto a resolución o capricho del juez. Era un mundo redondo, infinito, solamente limitado por el tiempo.

—Y este indio, ¿de quién depende...? El modo de ingresar al reñidero podía convertirse en una ventaja previa. Cuando el árbitro dio el nombre del Gran Lagarto, éste apareció casi a espaldas del Chapulín Negro, del lado de su pierna mala. Una horrorosa gritería despertó de golpe.

—¿Y qué pasó con los dos pasos que yo tuve que dar? Este cabrón se metió así nomás...

El juez se apartó como quien huye de su propio cuerpo.

—¡Cuídate, pendejo! ¡Aguas!

¿Eran las desquiciadas voces del Tecolote Gris? ¿Eran sus tripas profundas que gritaban de miedo? En sus cuatro combates anteriores había sido igual: el estómago devorándose a sí mismo, el hígado soltando burbujas apestosas, los riñones congelados, el intestino queriendo vaciarse en el mero calzón de seda negra.

Era mejor, sin dudas ningunas, estarse el santísimo día cojeando y arrastrándose por las calles mugrosas y movidas de gente, alejadas del barrio de Tepoti, de mano aventada y abierta a toda limosna o lo que fuera. Así anduvieron añares, media vida o más, con el mismo Tecolote Gris. Y también con el Rambo Chico y el Jesús Diablo: uno muerto por ahogamiento en el reñidero, otro pisoteado por el camión de un cafre endrogado hasta las manitas.

La cola del Gran Lagarto le castigó fugazmente las rodillas y los testículos. Se fue en una rápida caída, rodando sobre la pierna buena, alejándose del segundo coletazo. Su oreja siniestra no escuchó los chillidos desbordados, totales, que sí recogió la otra pantalla en una traducción simultánea de los ánimos de la platea.

—¡Están contra mí, chingaos! ¡Pa esto les hice ganar su buena lana con el Rambo Chico!

Pudo respirar mientras el Gran Lagarto, con su ojo único y chorreante, lo buscaba bajo las luces de los focos amarillos y rojos y azules y verdes y blancos.

El Chapulín Negro miró desde la lona pegajosa: ¿una lengua saliéndose entre colmillos increíbles?, ¿dos patas en alto con uñas exageradas?, ¿dos patas de sostén como columnas rotas?, ¿una cola doble cargada de garfios y cuchilladas?, ¿un ojo apagado por un párpado oscuro?

—¿De dónde salió tamaño alebrije? ¡Hoy ni el Tecolote Gris apuesta por mí!

Por la pierna mala le corrió un súbito regreso de añejos dolores: las correas y ganchos y anillos de metal forzando posturas de suplicio. Y recordó lágrimas destrozadas contra el piso en desorden del mercado de aquel barrio de Tepoti.

A punta de pupila procuró al Pancho Amargo entre el humo enredado y ruidoso de la platea que lo separaba de calles lluviosas y de gentes en movimiento. Creyó oír los chillidos acuciantes del Grupo de las Iguanas. Quiso escuchar del Tecolote Gris sus apuradas advertencias de guerra.

Entonces vio al ojo único y espeso del Gran Lagarto dirigido contra él, contra su figura apretada al pie de uno

de los postes, al borde del mundo. Se agarró de las dos líneas de grueso mecate y, al levantarse, le llegó el otro coletazo. Trozos de su piel y de su sangre fueron absorbidos por las sombras chillonas de la primera fila de sillas o bancos o butacas.

Fue en ese instante que se resolvió a saltar, como apoyándose en el nuevo sufrimiento. Sus manos se aventaron sobre la áspera garganta del Gran Lagarto.

Después del silencio, rumbo a las regaderas y saliendo ya del local vacío, el Tecolote Gris sintió que los dedos del Pancho Amargo le tocaban la cintura. Supo que luego resbalarían hacia las nalgas. Se aguantó.

—Dime, Tecolotito, ¡bonita lucha! ¿Verdá? ¿Apostaste bien?

—¡Qué pasó, Pancho! No me toques esa canción...

—No jodas, güey. Ya está hecho, la hicimos.

—Pos..., qué?

—Sí, tu pelea con el Gran Lagarto. La finalísima de la temporada. Y apostaré por ti.

EL INFIERNO TAN TEMIDO

HERNÁN LARA ZAVALA

A Enrique Vila-Matas

Mi madre siempre me habló claro. Para mí ella significaba todo: la vida, la belleza, la feminidad, pero principalmente la verdad. Cada vez que le planteaba una duda ella me contestaba con absoluta sinceridad porque me amaba. La verdad resulta imprescindible en la vida y en el amor, digan lo que digan. Yo tenía siete años. Acababa de entrar a la escuela primaria y me preparaba para recibir la primera comunión. Inés y María, mis dos hermanas, menores, e incluso mi propia madre, me habían empezado a ver como "el hombre" de la casa. Mi madre insistía en que era mi obligación cuidarlas y protegerlas, como ella a mí. Así tuve que aprender a cuidarme y a defenderlas. ¿Necesitaban defensa? No lo sé. Yo pensaba que sí tal vez porque el más necesitado de un cierto sentido de seguridad era yo mismo.

Pero debo iniciar mi historia. Supe leer y escribir antes de entrar a la escuela. Aprendí a leer gracias a los buenos oficios de mi madre que, aunque ya entonces trabajaba todo el día, se preocupó siempre porque me aficionara a los libros. Cada año los Reyes me traían algunos

juguetes: muñecos de peluche, cochecitos, soldados, pistolas, patines y hasta una bicicleta pero esos regalos siempre venían acompañados de algún librillo: cromos, caricaturas, dibujos, un pie al calce de la imagen, texto breve con algunas ilustraciones, texto ilustrado y, aquel año, texto simple, llano y puro. ¿Lo recrimino? ¡Por supuesto que no! ¡De ello dependería mi vida y mi destino!

A partir del día que entré a la escuela todos los lunes por la tarde iba al catecismo. ¿Qué aprendí allí? Algo que estaba estrechísimamente relacionado con la figura de mamá: Que Dios era un ser infinitamente perfecto, justo, que veía todo lo que pasaba en la tierra y a quien no se le podía engañar. Que no tenía ni principio ni fin, que sabíamos que existía porque Él mismo nos lo había revelado, que no era una persona sino tres, incluido Cristo nuestro señor, que se había sacrificado por toda la humanidad, y que era al mismo tiempo el Padre y el Espíritu Santo y que eso estaba escrito desde antes, en La Biblia, cuando se había anunciado que Él vendría a redimirnos a todos y que la Virgen iba a pisar con su calcañar al Demonio, que también se llamaba Luzbel, y que se había rebelado con los ángeles malos en contra del poder de Dios en el cielo y que por lo mismo Dios había creado el infierno. Que el mismo demonio se les había aparecido a Adán y Eva en el paraíso en forma de serpiente, para hacerlos pecar. Y por haber comido del fruto del bien y del mal nuestros primeros padres tuvieron que trabajar y ganarse el pan con el sudor de la frente y ella, Eva, tuvo que parir con dolor. Y que la virgen había dado a luz sin conocer a ningún hombre. Eso había que creerlo porque era un misterio. Que Dios nuestro Señor había encarnado

en la Sagrada Eucaristía y que lo que nosotros recibiríamos cuando comulgáramos sería precisamente eso: el verbo encarnado. Y lo que más me impresionaba eran precisamente los misterios como el de que Dios no había tenido principio ni tendría fin que, en cierto modo, se parece un poco a los misterios que ocurren en la vida en nuestra vida cotidiana, estén ustedes dispuestos a creerlo o no. Misterios que no tienen que ver nada con la religión y que debemos creer como artículos de fe.

Ahora soy escritor. Cuando pienso por qué me dediqué a este oficio lo asocio de inmediato con los misterios y las epifanías, lo asocio con mamá. Estoy convencido de que todo buen cuento encierra un misterio, un secreto, un enigma o una epifanía. Desgraciadamente en esta vida existen más misterios que epifanías. Lo digo porque las epifanías son gozosas, son el reconocimiento de Dios y esta historia trata precisamente de lo contrario, del descubrimiento de un misterio o de un secreto.

En la escuela se burlaban de mí. ¿Por qué? Como no había asistido a párvulos llegué con la cabeza llena de las fantasías que mamá me había inculcado. Cuando se atrevían a burlarse de los Reyes yo los defendía. No existen, me aseguraban. Claro que sí, reclamaba yo. ¿Cómo lo sabes?, me cuestionaban. Mi mamá me lo dijo y ella nunca miente, argüía yo. Y al oír la respuesta se reían de mí. Y eso me desconcertaba. ¿Tu mamá? Pero si los Santos Reyes son ella y tu papá, me decían y se carcajeaban, burlándose sin que yo pudiera contestarles algo congruente. Los he visto, argumentaba. Eran tus papás, me decían cínicamente. Ellos estaban presentes, respondía yo. Entonces

era alguien disfrazado, gente que contrataban tus papás, afirmaban y se echaban a reír otra vez. Y yo, sin reconocerlo, me imaginaba que lo que ellos me decían tenía un tinte de verdad, como cuando mamá se confabulaba conmigo para hacer que mis hermanas obedecieran y se portaran bien. Porque ella nunca me pegaba ni me regañaba sino que me hablaba seriamente y con la verdad.

Papá y mamá se separaron cuando yo tenía cinco años. Nunca se divorciaron porque mamá era muy religiosa y no aceptaba el divorcio. Para ella el matrimonio era un divino sacramento, precisamente como la primera comunión. Recuerdo sí, de manera vaga, algunas discusiones en tono violento, sobre todo de parte de mamá. No peleemos frente a los niños, comentaba papá. ¿Por qué no? Si han de saber la verdad que la sepan de una vez, contestaba mamá. Papá trataba de llevarla del brazo hacia la recámara. ¡No me toques!, gritaba ella y enfurecida se dirigía a la recámara y cerraban la puerta. Yo oía llorar a mamá mientras papá hablaba en voz baja, serio y pausado. Lo cierto es que un día papá salió de casa y no volvió más. Empezamos a vivir solos con mamá, en la casa que papá nos dejó. Él había alquilado un departamento cerca de donde vivíamos. Mamá, que antes no trabajaba, se tuvo que buscar un empleo con la tía Pilar en una tienda de ropa. Salía con nosotros para llevarnos a la escuela y luego Felipa nos recogía y nos daba de comer. Mamá llegaba después de las seis y entonces me enseñaba a leer y luego, cuando entré a la escuela, revisaba mis tareas. Papá nos recogía algunos fines de semana y nos llevaba al zoológico o de día de campo o al cine y a comer y luego un rato a su

departamento y mientras dormía su siesta nos quedábamos jugando o viendo la televisión. Enrique, me decía mi papá, tú te haces cargo de que estas niñas no peleen.

Fue uno de esos domingos de diciembre en que mientras mi papá dormía su siesta en el departamento y mis hermanas veían la televisión, yo me fui a jugar a la otra recámara con mis cochecitos, jugando abrí el clóset y en la parte de arriba vi unas cajas que me llamaron la atención. Sin decirle nada a mis hermanas fui por una silla y me trepé para ver qué contenían. La más grande y la que más me atraía, era una caja roja que estaba al fondo y en la parte inferior. Las dos cajas de arriba eran dos muñecas. No logré abrir la caja roja pero cuando levanté las dos muñecas alcancé a ver sobre la tapa la fotografía de un niño jugando con un mecano. Decidí no decir nada ni investigar más.

Me había vuelto aficionado a la lucha libre. Transmitían las luchas por televisión y yo me quedaba admirado de todo lo que veía en la pantalla. El Santo tiene agarrado al Verdugo con las piernas como si fuera un pulpo, decía el locutor, y cuando yo veía al Santo apergollando al Verdugo lo sentía como si efectivamente se tratara de un pulpo aplicando la fuerza de sus tentáculos sobre el cuello de su rival. El Médico Asesino tenía una llave que hacía dormir a sus adversarios. Los tomaba por el cuello, les aplicaba una especie de torniquete y los ponía a dormir. Así los vencía. Antes había creído en los cuentos de hadas y en los personajes fantásticos pero de pronto me vi rodeado de hombres de carne y hueso, algunos de ellos enmascarados si ustedes quieren, pero de carne y hueso al fin. Los veía en la televisión y para mí era prueba más

que suficiente que lo que tenía ante mis ojos era la más pura verdad. Máscara contra cabellera: los gladiadores se enfrentaban uno contra otro hasta que al perdedor le quitaban la máscara o lo rapaban frente al público. La noche que desenmascararon a Black Shadow fue sensacional. Se llamaba José Cruz y a partir de entonces empezó a pelear, de negro, como antes, sólo que ahora se le veía la cara con un bigotito a la Pedro Infante. Qué emocionante también cuando vi rapar al Cavernario Galindo de abundante cabellera, enmarañada, larga y rizada que lo hacía aparecer como un auténtico troglodita y que era el rudo entre los rudos. O cuando El Lobo Negro dejó empapado en sangre a Suguisito y se portó tan violento que no contento con haber derrotado a su rival, ya terminada la pelea, fue hasta la esquina del japonés y le hizo trizas la elegante bata de seda con la que había entrado al cuadrilátero. El Lobo Negro mostraba agresivamente al público la bata hecha pedazos como diciendo de qué les valieron tantos aplausos cuando este pobre chale los saludó si lo dejé hecho jirones como a esta cochina bata.

Cómo había dejado bañado en sangre el Lobo Negro a Suguisito, les comenté a los amigos de la escuela el siguiente lunes. Se volvieron a reír de mí sin mayores explicaciones. Veía las luchas los viernes por la noche, generalmente en casa, un poco a regañadientes. A mamá no le gustaban. Lo consideraba un deporte para gente sin cultura. Cámbiale, me pedía, y aunque en ese entonces no había en la tele más que dos canales, mis hermanas la apoyaban pues las luchas les aburrían.

El Enmascarado de Plata era mi luchador favorito: El Santo. Hasta que me di cuenta de que era el favorito de todos mis amigos y entonces me aficioné a Blue Demon. Salía vestido de azul con una capa que se alzaba por encima de su cuello y una máscara con vivos dorados. Lo que más me gustaba de Blue Demon es que a veces era técnico y a veces rudo. Algunas veces hablaba con la verdad y otras no. Como yo. De él traté de aprender algunos trucos: la doble Nelson, a picar los ojos, las patadas voladoras, el candado y a dar topes.

Fuimos a una posada. La estábamos pasando muy bien cuando Inés vino a decirme: le robaron a María su colación. Un gordito le había quitado su canastita aprovechando que era más chica. Fui hasta él y sin más le dije: devuélvesela, viendo que tenía dos canastitas en las manos. Son mías, me contestó. Una es de ella, y apunté hacia María. Mi hermana vio cuando se la quitaste. El gordito trató de escabullirse con las canastitas pegadas al pecho. Sin decir más me lancé sobre él. Le apliqué el candado que había visto en la tele. Los dulces de la colación se regaron por todo el piso. Pero yo no solté al gordito aplicándole toda la tuerza de mis brazos hasta que se puso a llorar. Nos separaron. De vuelta a la casa, ya solos, mamá me dijo: bien hecho: tú eres el hombrecito de la casa y tienes la obligación de defender a tus hermanas.

Efectivamente, mi mamá insistía mucho en que yo era el hombre de la casa. Yo no sabía exactamente qué quería decir con eso pero me imaginaba que se trataba de algo bueno. Como si ahora yo ocupara el lugar de papá. Ella se levantaba temprano todas las mañanas para

ver que nos arregláramos y nos vistiéramos, nos daba de desayunar y nos llevaba a la escuela. Felipa pasaba por ellas al mediodía y, como yo salía más tarde, me regresaba solo, a pie, a la hora de la comida. Felipa nos daba de comer, yo me ponía a hacer la tarea mientras mis hermanas, que todavía estaban en párvulos, se la pasaban jugando y viendo la tele.

Los lunes por la tarde íbamos al catecismo. Varios niños nos preparábamos para hacer la primera comunión y las mamás se turnaban para llevarnos y traernos. Mamá se había comprado un coche y empezaba a manejar. Éramos cinco los que íbamos a hacer la primera comunión a principios de febrero. Ya llevábamos un buen tiempo preparándonos. La mamá de los gemelos Rodríguez pasó por mí; recogimos a Sandra y luego a Miguelito y nos dirigimos a la iglesia. Ese día en particular nos hablaron de las posibilidades de la gloria y de los horrores del infierno. Nos comentaron que si uno moría después de recibir la comunión, como estaba en estado de gracia, se iba directamente al cielo; otros, que morían arrepentidos pero que no alcanzaban a recibir la eucaristía, tenían que penar durante algún tiempo en el purgatorio sufriendo el suplicio del fuego y de no ver a Dios, a veces durante meses pero eso podía prolongarse años; mientras que los que se morían en pecado mortal no tenían más destino que irse directamente al infierno. ¿Cómo era el infierno? Era una gran hondonada que ardía en el centro de la tierra y que apestaba horriblemente a azufre. Que tenía varios círculos de castigo relacionados con los mismos pecados que uno hubiera cometido. Los golosos veían comer sin probar bo-

cado; los lujuriosos sentían dolor en lugar de placer; los avaros veían la generosidad ejercida con su dinero. Todos los condenados sentían una sed insaciable. El padre nos decía que lo que más lamentaban los condenados, más que cualquier castigo, era la ausencia de Dios. Pero para mí, lo que más angustia me causaba era que si uno se iba al infierno ese castigo se tenía que sufrir para siempre. En la puerta del infierno, decía el sacerdote, había un reloj que se encargaba de repetir incesante y a manera de péndulo: por toda la eternidad, por toda la eternidad.

De regreso a casa, la mamá de los gemelos se detuvo un momento. Iba a una papelería. Tenía que comprar unos mapas para que sus hijos hicieran la tarea. Así que se estacionó exactamente abajo del edificio donde vivía papá. Vi su coche en el estacionamiento. Pedí permiso para bajar. No te tardes, me contestó la mamá de los gemelos, si no se nos va a hacer muy noche.

Iba a tocar el timbre del interfón pero aproveché que una pareja que salía abrió la puerta. Entré. Me dirigí al elevador. Oprimí el botón. Toqué la puerta. Cedió al primer golpe. No estaba cerrada sino emparejada. Entré. Vi ropa tirada por la sala. El saco de mi papá estaba colgado sobre una silla. Encima su corbata. En el piso, junto al sillón, sus pantalones, su camisa blanca, los zapatos. Vi unas ropas extrañas sobre la alfombra. Encima de la mesa de centro había dos copas y una botella de vino casi vacía. Temeroso de que le hubiera pasado algo a papá avancé hacia su recámara. Tenía la puerta abierta.

Mamá llegó a casa un poco después que yo. Ya era de noche. Venía cansada. Se sentó a revisar mi tarea.

¿Cómo se portaron?, me preguntó. Acuérdate que tienes que darle el ejemplo a tus hermanas; por ser el mayor y por ser hombre, me dijo. Nos sentamos a cenar. Acostó a mis hermanas. Ella y yo vimos un rato la televisión. Vete a dormir, me pidió, para que pudiera levantarme temprano.

Recé mis oraciones. Apagué la luz: ¿por qué nos habría dejado papá? ¿Volvería a casa con nosotros? Tal vez por habernos abandonado se iría al infierno. Cuando pensaba en eso me entraba una verdadera angustia. Lo que había visto tan sólo unas horas antes me hacía estar seguro de que papá se iría al infierno. No me gustaba pensar en mi propio padre desnudo sufriendo horrores y quemaduras. Los diablos pinchándolo con sus trinches, él muerto de sed, gritando para que mamá, que por supuesto se iría al cielo, le diera un poco de agua. Una gota, no más. Y cuando mamá, compadecida, se la fuera a dar, el propio Dios intervendría: ¡ni una gota! ¡Por algo está en el infierno! Y a pesar de la angustia que sentía no podía dejar de pensar que Dios tendría razón. Que mi padre había abandonado a mi madre por culpa de esa señora con la que lo sorprendí: mucho menos bonita que mamá, gorda, bofa, de piel cetrina y cara horrible. Los dos estaban echados, desnudos sobre la cama, roncando. Al verlos me puse a temblar de pies a cabeza. Sentí vergüenza, miedo, coraje. Temí que fueran a despertarse. Salí sin hacer ruido. Vi la bolsa de la señora sobre una silla. La abrí. Saqué una cigarrera dorada y me la metí a la bolsa. Cerré las puertas tras de mí.

Pensar que por ella había yo escuchado llorar a mamá durante tantas y tantas noches y nunca dije nada.

Yo era el hombre de la casa. Tenía mis responsabilidades. La cigarrera que me robé de la bolsa de la señora la tiré a la basura. Nunca le pregunté a mamá por qué lloraba. Ya sabía lo que me iba a contestar pues no sabía mentir: por tu papá.

Llegaron las navidades. El día de Reyes. Bajo el árbol hallamos nuestros regalos. No fue mucha mi sorpresa cuando descubrí que uno de mis regalos era un libro: La isla del tesoro. Y mucho menos cuando le quité la envoltura a mi otro regalo y constaté que se trataba de un mecano. A mis hermanas los Santos Reyes les habían traído sus muñecas y jueguitos de té. Sin que yo me diera cuenta mamá me había estado observando. Ella notó que cuando vi el mecano se me salieron las lágrimas.

¿Qué te pasa? ¿No te gustó lo que te trajeron los Reyes?, me preguntó. Sí, claro...

¿Entonces por qué lloras?

Yo no le había hecho ningún comentario sobre mi descubrimiento de los juguetes en el clóset del departamento de papá, mucho menos de la visita sorpresa que le hice el día del catecismo.

Mis hermanas jugaban con sus muñecas y sus tacitas. Llamé a mamá aparte.

He dicho que la influencia de la religión y de mi madre me llevaron a escribir. Me dedico a contar mentiras, como las que tú, querido lector, lees ahora. Mi madre me habló, hasta el fin de sus días, con total y absoluta verdad y por eso yo ahora me atrevo a mentirte. Es la única manera que tengo de comunicarme. Escribo como una manera de decir la verdad evadiéndola.

Pues bien, cuando era niño y tenía siete años, cerré la puerta de mi habitación y le pregunté a mamá sin más:

¿Verdad que no existen los Santos Reyes?

Ah, es eso, me dijo despreocupándose. Me miró con ternura, comprensión y acariciándome el cabello me contestó tal y como me lo esperaba:

No, no existen...

Son papá y tú, ¿verdad?

Así es, dijo ella con resignación.

¿Y a dónde van los muertos?, me atreví a preguntar.

No lo sé, pero puedo decirte que a donde quiera que vayan nadie ha vuelto a verlos.

Y el infierno, ¿el infierno existe?

Mamá se me quedó mirando a los ojos un momento y alzando un poco las cejas, como si estuviera reflexionando sobre mi pregunta, me respondió:

Sí, sí existe.

EL CIGARRO

VICENTE LEÑERO

Eran ya las dos de la mañana y todavía me faltaban tres temas que estudiar. Podía dejar uno pendiente porque con toda seguridad el maestro iba a proponernos dos para que escogiéramos uno, pero aunque así fuese necesitaba leer los otros: el seis y el ocho. Eliminaría el siete que llenaba diez páginas a renglón seguido, y haría un buen cuadro sinóptico del seis. El ocho era fácil.

Cuando apagué el cigarro no me di cuenta que ya era el último de la cajetilla. Estaba tratando de memorizar las fechas en que nacieron los padres del existencialismo: sería un buen detalle incluirlas al hablar de ellos y no me llevaría mucho tiempo. Si algo creo tener es buena memoria. Me falló con lo del cigarro, aunque de todos modos nada podía hacer porque eran las dos de la mañana y estaba solo en el departamento. Julio ya se había ido a su tierra.

Dejé el libro sobre la cama y fui a ver si de casualidad había un cigarro tirado, junto al escritorio o debajo de la cama; porque luego sucede que se ruedan y se quedan ahí, durante mucho tiempo. La señora nunca hace bien la limpieza y era probable que entre el polvo y la basura encontrara uno, por qué no. Encendí un cerillo y me deslicé tentaleando el suelo hasta salir al otro lado. Lo mismo hice

en la cama de Julio, que está pegada al rincón. Me sacudí el polvo y volví a sentarme.

Estaba haciendo ya el resumen del tema seis cuando me acordé que Julio acostumbraba guardar los cigarros al fondo del cajón. Siempre pensó que yo no sabía, pero una vez, cuando buscaba unos calcetines, descubrí el paquete. Solamente cogí una cajetilla y él sí que nunca se dio cuenta.

Ahora no había ni paquete ni cajetillas sueltas. Sólo una pluma atómica que cayó al suelo cuando sacudí la toalla. Como podía haber cambiado de lugar, busqué en los otros cajones: en los del clóset y en los de su escritorio. También en la vieja maleta que no se llevó, y en su portafolio. Estaba seguro de no encontrar nada en mis pertenencias pero también busqué. Busqué en todo el departamento: en la estancia, en la cocina, en el baño, otra vez en el cuarto.

Volví a sentarme y reanudé —tratando de no pensar más que en el existencialismo— la lectura del tema seis.

El cenicero estaba lleno de colillas y me enojé conmigo mismo por esa maldita costumbre que tengo de fumar los cigarros hasta que casi no me caben en los dedos. Una colilla, sin embargo, era más grande que las otras. Me la llevé a los labios y traté de encenderla. Al hacerlo me quemé los bigotes y apenas si pude dar una chupada. Fue preciso dejarla porque era imposible fumar así. Corrí al comedor y regresé trayendo un palillo de dientes: inútil, porque la colilla se había apagado y no pude encenderla. Ni ésa ni las demás. Lo que hacía era encajar el palillo en el extremo, como hacen los que fuman puro, y ya no teniendo que cogerla con los dedos, acercar el cerillo. Solamente que de todos modos me quemaba los bigotes antes

de lograr mi objeto. La única vez que encendí el pequeño tramo de cigarro cometí la torpeza de separarlo demasiado pronto, y se apagó.

Renuncié. Sacudí el escritorio con el pañuelo y fui a tirar cenizas y colillas al basurero de la cocina para quitarme de una vez por todas la tentación. Se estaba haciendo tarde y no pasaba de la primera página del tema seis, ni siquiera del segundo párrafo; maldito segundo párrafo largo e ininteligible. Necesitaba a toda costa un cigarro.

Afortunadamente caí en la cuenta de que donde no se me había ocurrido buscar hasta ahora era en la hendidura del sillón. Quitando los cojines, metiendo la mano por el respaldo, en esa angosta separación que hay precisamente entre el respaldo y la parte superior del asiento, más de una vez habíamos encontrado cosas que Julio o yo considerábamos perdidas: la licencia de manejar de Julio, mi anillo de bachillerato y aquella navaja que me regalaron mis padres cuando me vine a estudiar a México. Julio andaba de ocioso cuando descubrió ese maravilloso sitio secreto que ahora podía estar escondiendo un cigarro cuando menos. Cuando menos uno.

Fui hasta el sillón de la estancia. Quité el cojín. Era difícil meter la mano porque, como digo, la hendidura es muy estrecha. Y hay además la otra dificultad —después de introducirla, dolorosamente eso sí— de que cuesta mucho trabajo abrir los dedos para hurgar.

Lo primero que sentí fué un lápiz. Era un lápiz. Luego un arete —¿de quién?— y por fin un cigarro. No había duda, era un cigarro. Un cigarro con boquilla, para más

señas. Lo cogí de la boquilla y tiré hacia fuera, feliz. Pero fue tal vez la precipitación lo que hizo que al rescatar mi mano cediera la presión que ésta hacía en las dos partes del sillón y el cigarro quedó aplastado contra el respaldo. Lo saqué roto a la mitad. La parte que quedó hacia dentro se desbarató cuando volví a introducir la mano, y la otra, la que quedó fuera, tenía una rajada longitudinal que la hizo inaprovechable.

Regresé al cuarto. Empezaría con el tema ocho, que era mucho más sencillo.

Pero ahora todo el tema ocho resultaba tan complicado como el segundo párrafo del seis. No podía concentrarme; no podía entender cuál era, en resumen de cuentas, el pensamiento de Hegel. Qué diablos tenía Hegel con la metafísica, o la metafísica con Hegel.

Quizás a esas horas estuviese abierta alguna tienda cercana al edificio. No tenía la seguridad, pero me parece que una vez Gutiérrez dijo que el tendajoncito que está frente al mercado no lo cierran a ninguna hora.

Podía ir a ver, o en todo caso podía llegar a casa de Gutiérrez. Él estaría estudiando. Nos ayudaríamos con el tema ocho. Entre dos se puede estudiar mejor. Gutiérrez no es de los que prefieren preparar solos los exámenes. Y es muy inteligente además. Buen amigo. No fuma, pero tendrá cigarros. Su padre tendrá cigarros.

Estaba haciendo frío y había salido sin ponerme el saco; pero no era cosa de regresar al departamento. Total.

Caminé las siete cuadras que hay entre el edificio en que vivo y el edificio en que vive Gutiérrez. Nadie en las calles. Frente al mercado —¡mentira!— no había ningún

tendajón, ni abierto ni cerrado. Antes de llegar pensé que tal vez hubiese sido mejor haber llamado en la puerta de alguno de mis vecinos. El inglés del 204 se pasa todas las noches trabajando. Le habría parecido la cosa más natural del mundo. Eso en vez de ir con Gutiérrez, que de tan inteligente que es, probablemente estuviese durmiendo con la calma que da el haber preparado a tiempo un examen. Y me recibiría mal. Ni siquiera me recibiría. Ni siquiera bajaría a abrir. Me acordé que el cuarto de Gutiérrez daba a la calle. Magnífico. No necesitaba exponerme. Si no había luz en el cuarto, no llamaría.

No hubo luz y no llamé. Me seguí caminando, dos cuadras más para ver si de casualidad encontraba abierta una tienda, un restorán, un cabaret, lo que fuese...

De regreso a mi casa venía pensando en el inglés del 204, mi última esperanza. Eso sí, aunque no viera luz y aunque no oyera ningún ruido tocaría el timbre. Le diría: "Déme un cigarro", o "haga el favor de darme un cigarro", o "un cigarro, por Dios, se lo suplico".

Pero antes de abrir la puerta del edificio, al volver la cabeza hacia atrás, vi un hombre que cruzaba la calle, en la esquina.

Me miró con extrañeza, como con miedo, y apenas si contestó para decirme que no traía. De cualquier modo, había tenido la mejor idea de todas: esperar, esperar a que volviera a pasar alguien por una de aquellas malditas calles. Bastaba con un alma caritativa; una entre veinte o entre cincuenta. Esperaría. No podía tardar mucho.

Allí estaba.

Lo vi bajar del taxi. Vi la punta encendida de su cigarro. El único cigarro en toda la calle, en toda la colonia, en toda la ciudad. Porque ni siquiera —y bien que las busqué, hasta acabarme casi toda la caja de cerillos— había colillas apagadas en la banqueta. Ése, junto con todos los que estaban dentro de una cajetilla guardada en la bolsa de su saco, era el cigarro más maravilloso del mundo.

Corrí hacia él, gritando.

MIENTRAS... MIENTRAS

ROSA NISSÁN

A mi nieta Marcela Sofía, que llegó al mundo esta semana.

LA BOLA DE ESTAMBRE, los hilos y las agujas sirvieron para taparnos la boca, para no mirarnos los ojos, para no romper el silencio.

Hace un mes llegué temprano a la cita en la clínica de gineco-obstetricia del Seguro. Llevé un libro para estar tranquila. Me senté en una de las hileras de sillas para pacientes, pacientes. Una mujer embarazada tejía a mi lado. La veía mover sus manos; metía la aguja en el punto, jalaba un derecho, un revés; debía estar susurrando en automático: un derecho, un revés; su tejido crecía lentamente: su labor era ancha, tal vez para el marido. De vez en cuando, desinteresada, observaba lo que ocurría a su alrededor. ¿Cuántas veces ensartará el punto de la izquierda a la derecha y de la izquierda a la derecha? Lo soltaba sólo para acomodarse el pelo.

Estoy a unos centímetros de la aguja que entra, engancha el estambre y enlaza el hilo color durazno. La textura de la lana acaricia. En lugar de los infinitos tejidos, formo palabras, frases, termino un renglón, paso al otro.

Transcurrirán horas antes que nos llamen bajo los efectos de esta leve anestesia: tejemos para soportar nuestra eterna espera. Utilizamos el tejido o el bordado como analgésicos para no sacar una pistola, para no darnos cuenta que la madeja de nuestra vida también va haciéndose menos. Se termina la bola y sacamos otra, ya compraremos más para nuevas prendas. Punto por punto, palabra por palabra, renglón por renglón, hoja por hoja, el cuento se va terminando, el suéter, el poema, la cobija, el ensayo, el calcetín, la novela, el chaleco, otra chambrita. La diferencia es que el libro se multiplica y deviene en globo que se infla de nubes, de lluvia, de soles, se eleva para descender poco a poco, alguna mano lejana la toma, se ve su color, lo huele, lo palpa, lo prueba, lo come y lo lleva dentro de sí.

Un derecho, un revés, la mujer voltea las agujas, reinicia: un derecho, un revés, jala el punto, lo enrosca, se van los días, los meses, los años, las furias, las ganas, las fuerzas. La mujer imagina gozosa a quien va a cobijar y a iluminar con sus colores. Llegan mujeres a consulta, se van, el mundo se transforma a nuestro derredor.

Abren la puerta de un consultorio, llaman a una paciente que no somos ni ella ni yo; el ritmo del tejido avanza cadencioso. A mi izquierda se sienta una mamá joven con una niña de ojos inquietos. Debí haber sido como ella, después, con un tejido en la mano fui cumpliendo un año y otro. Con manguitas tejidas rellenaron mi boca, con una bufanda larga amordazaron mis ojos, enredaron mis pechos, ahogaron la respiración de mi piel. Con un par de agujas mágicas en la mano me mantuvieron ocupada. Cuando venían las ganas de esta-

llar, de dar un puñetazo, cambiaban la puntada, la lana y, mejor dos derechos, dos reveses, anda mijita, que te va a quedar muy lucidor, mira esta revista, trae modelos nuevos. ¡Un derecho niña!, ¡un revés! Si mi marido llega cansado y ya no vamos al cine, saca agujas y estambres. El tejido sirve para esperar todo lo que hay que esperar; mientras mis hijos crecían, mientras despierta el niño, mientras acompañaba a mi hija, mientras llegaba a comer, a desayunar, a cenar mi sobrina, hermana o suegra, mientras mi nieto nace, el tejido; al fin se deja a un ladito y los entretenemos, acompañamos, les servimos y lo retomamos hasta que algo se le ofrezca a alguien. ¿Acaso el tejido equivale a las carreras cortas que abandonan en cuanto el hombre aparece? Mientras me caso, el tejido, mientras… ¡Teje niña, teje! La ociosidad es la madre de todos los vicios, aseguraban las abejas. Ojalá engordáramos o nos emborracháramos de estambres para no tener más remedio que darnos cuenta que el tiempo y la fuerza se van minando y no se adquiere otra madeja de vida como se compra una de lana; mientras el tejido avanza, la rebeldía, el coraje para la lucha, retroceden. Las mujeres que tejemos sofocamos tensiones, ocupamos las manos para que no escapen. No tocan, no palpan, no se enojan, no se rebelan, no se indignan, no luchan. Engarruñan las manos a la suavidad del hilo. No aprietan, tejen. No acarician el cuerpo deseado, no caminan en él, tejen y tejen. Tejen impaciencias, desesperación, aprisionan sus dedos huidizos para que no se metan en la carne del otro, tejen un punto de inquietud, una basta y ocho de virtud, y no se atreven a gritar ¡basta! Hace tres días soñé que mi

hija iba a tener una niña y la sentí muy fuerte, tanto, que esta nieta mía me impulsaba a apurarme con mi novela. Tengo que estar disponible tiempo completo hasta que mi hija se recupere de la cesárea. Y cree que soy sólo yo la que tiene obligación y no me deja salir del hospital, entiende que los demás trabajan, pero a mí me dice: tú tienes la computadora en casa, además, como es Semana Santa, mis hermanas se fueron de vacaciones. Siento una ira irrefrenable; para no contrariarla, prefiero sofocar mi enojo, mis ganas de huir, me pongo a tejer, paso frenéticamente puntos de un lado a otro, para que si no puede ser mi cuerpo, aunque sea los puntos se muevan en mí. Fui a comprar una costura, muchos hilos, necesitaba calmar mi ansiedad rellenando obsesivamente unas flores rojas dentro de las amarillas, con sus venitas y hojas verdes, bordad un cojín de punto de tras, tras, tras, una mexicana que fruta vendía, ciruela, chabacano, melón o sandía, tras, tras, tras, punto de tras. Un derecho. Un revés. ¡Un derecho! ¡Un revés! El tejido sigue en mi memoria. Vivos en mí los deberes aprendidos. Siguen las agujas troqueladas en mis dedos.

Un derecho, un revés, paso devotamente las infinitas cuentas de un rosario y entono mis plegarias. Dios te salve María llena eres de gracia, el Señor es contigo… miro la imagen que está encima de la cama de hospital, y veo a la virgen tejiendo.

Por fin oí mi nombre y pasé al consultorio 7, al salir vi a la tejedora con la mirada hundida en su olvido.

LOS ANACRÓNICOS

IGNACIO PADILLA

Hablaban de la guerra como si no la hubiesen perdido hacía más de treinta años. Y como si aún pudieran ganarla. Remembraban las tragedias de esos tiempos con tanto ardor como la de ayer mismo, y el suicidio reciente del alférez Bautista adquiría en sus conversaciones el relumbrón de una tragedia tan vieja como ellos. De pronto esa muerte parecía también una farsa, una mascarada idéntica a nuestra conmemoración anual de la batalla del Zurco, con su aire de efeméride escolar bañada en sangre de apilex y cañoneada con cohetones comprados donde los chinos. Se mató como un valiente, dijo el capitán Margules cuando entró renqueando en el café de mi padre. Sus camaradas asintieron al unísono como si la sentencia fuese una orden incuestionable. Pero el resto de los presentes no acabábamos de creer lo que estaba ocurriendo. ¿No habríamos tenido que oír el disparo quienes vivíamos cerca de la casa del alférez? ¿Por qué había de matarse nadie a sus años? ¿No lo habíamos visto la víspera, charlando con los veteranos en su eterno banco de la plaza, afinando con ellos los últimos detalles de la próxima conmemoración de la batalla del Zurco?

Lo encontró el propio capitán Margules, quien fue a buscarlo cuando se hartó de esperar a que llegase para el vino de mediodía. Ni diez minutos concedió al desgraciado alférez para presentarse: a las doce con ocho el capitán miró su reloj, emitió una maldición y salió bufando del café como si aún tuviese potestad sobre su camarada y acariciara el propósito de hacerle fusilar por insubordinación, por lesa majestad, o por lo que me venga en gana, maricón, que ya está duro el alcancel para zampoñas. Así iba gritando el capitán por el borde de la calle que conducía a la casa del suboficial Bautista. Así gritaba todavía cuando empujó la puerta y olfateó el dulzor de la pólvora quemada, la consistencia de la muerte recién impresa en los muros y en la mesa camilla, entre los restos de una cena a medio terminar y sobre el camastrón donde naufragaba el alférez Bautista en un charco tan abundante que era difícil creer que tanta sangre pudiera haber pulsado alguna vez en un cuerpo tan pequeño. Sólo al verle el capitán Margules bajó la voz y susurró qué mierda, Quinito, a buena hora se te ocurre reventarte el ánima. Qué mierda, repitió cerrándole los párpados con un ademán cien veces repetido cuando ambos eran jóvenes, pero tan dulce esta vez que luego el capitán dio gracias al cielo de que nadie lo hubiese sorprendido en un instante tal de debilidad.

* * *

El capitán Nicolás Margules organizaba reuniones semanales donde los veteranos del Regimiento Santa Engracia discutían la celebración de su única victoria en una guerra

remota y más bien turbia. Convocaba a los sobrevivientes de la Batalla del Zurco con una autoridad tan marrullera como incontestable. Los reunía cada jueves en el café que regenteaba mi padre en los portales de la plaza. Y si había un nuevo dato aportado por el recuerdo cada vez menos fiable de sus camaradas, o por la diligencia archivística del alférez Joaquín Bautista, el capitán se aplicaba enseguida a perfeccionar el ritual. Afinados los detalles, los veteranos revisaban la batalla de punta a cabo como si en efecto estuviesen en un tris de volver a jugarse el pellejo frente a los federalistas. Repasaban su coreografía guerrera con un entusiasmo en el cual los acontecimientos del pasado adquirían esa vigencia solemne que sólo parece reservada al futuro: una posteridad de disparos que todavía, por extraño prodigio de la memoria, parecían aún por detonarse en la vasta llanura del Zurco. Aquí arraigaremos dos baterías, anunciaba el capitán Margules señalando con su bastón de mando el mismo mapa de campaña en el que medio siglo atrás habrían diseñado su triunfo los oficiales del Regimiento Santa Engracia. Los rodearemos por el flanco derecho, proseguía. En esta loma hay que andarse con cuidado, señores, porque en ella abatieron los federalistas al general Iruegas, quien cayó del caballo sin quitar la mano del sable, la izquierda, se entiende, porque era zurdo. Aquí rompimos a las mil quinientas la columna del Sexto de Zapadores con un saldo de ocho de los nuestros contra veintisiete de esos cabrones, sentenciaba en sus ensayos el orgulloso capitán Margules.

En el cafetín de mi padre, convertido de pronto en un estado mayor de carcamales, el alférez Joaquín Bau-

tista presentaba luego una maqueta que él mismo había fabricado con lingotes de plastilina y macizos de árboles raquíticos tan parecidos a los reales que hasta se antojaba ser enano para tumbarse a su sombra. De repente aquella imagen micrométrica de nuestros campos de labranza se llenaba de soldaditos de plástico pintados por el alférez Bautista con la infinita paciencia del niño envejecido en el que para entonces se habían transformado él mismo y sus compañeros de lucha. No bien colocaba su maqueta sobre la mesa, el alférez se ponía muy serio y recitaba una elegía por sus camaradas ausentes, no sólo quienes murieron en la batalla del Zurco, sino aquellos que a partir de ese día glorioso habían ido sucumbiendo al paso del tiempo o a la impiedad de aquel ríspido aguardiente que desde la capitulación se había convertido en el más devastador enemigo del Regimiento Santa Engracia.

Cuando terminaba su letanía el alférez, el capitán Margules retomaba la palabra y decía: Ésta es la Batalla del Zurco, señores, tal como ocurrió, y es una vez más nuestro deber luchar en ella para gloria de nuestra Segunda República y para ejemplo vivo de las generaciones por venir. Con esa misma cantaleta nos salía más tarde el Señor Regidor cuando se acercaba la fecha de la conmemoración. Así nos sermoneaba también el cura cada tercer domingo del año y cada día por la tarde desde un mes antes de conmemorarse la histórica contienda. Así lo recitaban con desgano mi padre y los padres de mis amigos, como lo habían hecho los suyos desde la guerra, una guerra que para nosotros venía a indicar poco menos que el principio mismo de los tiempos.

A los niños de ese entonces nos parecía que aquel evento no se verificaría nunca, y que de tan anunciado tendría que fracasar, por lo menos una vez en su historia, gracias a un meteoro justiciero o a un decreto presidencial que nos liberase de aquel discurso machacón que francamente nos causaba más gracia que alegría. Pero la fecha llegaba indefectiblemente. La conmemoración volvía siempre a nuestra vida con su constancia absurda y paquidérmica. Llegaba el día exacto a la hora exacta, y había que ver cómo se las gastaban entonces los ancianos del Regimiento Santa Engracia. Ese día el aire pueril de sus reuniones en el cafetín de mi padre se esfumaba por momentos para hacerlos parecer auténticos, casi épicos. Se diría que una conjunción de astros les había insuflado la noche previa algún modo de sangre nueva. Atildados y soberbios, los veteranos bajaban muy de mañana las escaleras del edificio municipal golpeando muy fuerte las baldosas, con energía castrense inusual para su edad. Los que habían sido oficiales se llevaban la mano a la sien al cruzarse con el Señor Regidor y el capitán Margules, que estaba junto, y luego la dejaban caer con un desgaire de cadetes digno de mejores causas. Salían después a la calle principal, haciendo retumbar la grava, braceando, tal vez marcándose mentalmente el paso. Entonces, viniendo no se sabía de dónde, de una ventana abierta o del enrejado de un balcón, se escuchaba un grito impertinente que les hacía volverse rígidos de furia buscando al culpable anónimo sin la menor esperanza de identificarlo, pues en el fondo sabían que ese ofensivo grito sin dueño era también parte inseparable de la conmemoración: En el Zurco, en el

Zurco, los disparos son de salva, en el Zurco, en el Zurco, Iruegas combatió de espaldas. Tras el balcón o la ventana, el gritador se escabullía siempre sin mayores consecuencias, protegido por el salvoconducto de ser todavía un niño, siempre un niño, el más audaz de aquella tarde, el que habría sido designado por sus pares para iniciarse con ese grito en nuestra propia e incipiente hermandad, una cofradía que a su modo era también una maqueta pueril y liliputiense del Regimiento Santa Engracia.

Ahora pienso que gritar así y aquello en los fastos de la Batalla del Zurco era nuestro modo de reconocernos, una insignia para integrarnos sin dolor a la burlería de nuestro pasado pueblerino. El grito rimado era un ultraje inevitable, aunque nunca podíamos estar seguros de por qué indignaba tanto a los viejos del Santa Engracia. Entendíamos apenas que aquel estribillo era un cuestionamiento esencial, la mancha necesaria en una historia que se quería inmaculada, el recordatorio de algo ignominioso que ni siquiera nuestros padres entendían, aunque igual lo habían gritado ellos cuando niños, y aunque ahora ellos mismos nos reprendiesen con impostada dureza cuando acabábamos de hacerlo: Si te atrapan, mocoso, el capitán te levanta una marcial aunque tengas menos diez años, si te atrapan, pendejo, te fusilan sin sumario los héroes del Santa Engracia. Ante tales amenazas, pensábamos que aquel grito sobre el general Iruegas debía ser un insulto no sólo contra los veteranos sino contra el pueblo entero. Un escarnio ritual que no obstante escondía un secreto terrible que saldría a flote más temprano que tarde, como hizo al fin, cómo negarlo ahora, el negro día en que el alférez Joaquín Bautista se

mató, vaya cosa, señores, disparándose en el pecho cuando rayaba la venerable edad de setenta años.

* * *

Nos habíamos resignado a sus alardes como otros se resignan a quedarse calvos. Nos habíamos acostumbrado a que la conmemoración de la Batalla del Zurco fuese parte de nuestra vida y de nuestra memoria. Pero jamás nos hicimos a la idea de aceptar a quienes eran contratados cada año para encarnar al enemigo federalista. Llegaban por oleadas en agosto. Se instalaban en nuestras casas, plazoletas y jardines con una chulería marcial que parecía diseñada para que en verdad los odiásemos. Era como si la correcta escenificación de la Batalla del Zurco exigiese también una auténtica prevención hacia ellos, la atmósfera de un pueblo en verdad ocupado, siempre a punto de ser expuesto, violado, escarnecido por un ejército avieso.

Ahora entiendo que a los viejos del Regimiento Santa Engracia les gustaba cultivar aquella xenofobia, tal vez porque sabían que al derrotar a esa detestable tropa de forasteros se allegarían algún tipo de gratitud, ya no sólo durante la conmemoración de la batalla del Zurco sino en una auténtica contienda entre los de Aquí y los de Allá. Era habitual que nuestros padres se quejasen de los modales del enemigo, carajo, que se apropian de las cantinas y las pensiones, mierda, que se sienten dueños hasta de la luz del día. En cualquier caso, sabíamos que aquella soldadesca de pacotilla nos acarreaba dinero. Los forasteros eran financiados por el Ministerio de Cultura

en sospechosa colusión con una sociedad internacional de individuos consagrados a la reproducción de batallas célebres por el ancho mundo. Venían en autobuses escolares y dilapidaban fortunas en comida y aguardiente. Era necesario que viniesen putas de otros pueblos para atender la urgencia de esa marea descomunal de hombres relativamente jóvenes que no acababan de tomarse en serio su misión de dejarse derrotar por una tropa de ancianos cada vez más diezmada. Poco antes de la llegada de los forasteros, las calles eran reconstruidas y las casas repintadas. En los últimos años llegaban también con ellos los técnicos de una televisora local que se encargaban de registrar el magno evento. Llegó a decirse que alguien había visto un programa dedicado a nuestros fastos en un canal de televisión extranjero.

Entretanto el enemigo se instalaba ruidosamente entre nosotros y se alistaba para la batalla como si ésta sólo fuese una vacación con gastos pagados, una oportunidad para olvidarse por un rato de los estudios universitarios o de una cotidianeidad de oficinistas que de cualquier modo era más apetecible que la vida de provincias. El desprecio de esos hombres por nuestras cosas iba a parejas con la veneración con que los miraban las muchachas, quienes recibían de sus madres un fárrago de advertencias que no siempre resultaron efectivas. Apenas un año antes de que muriese al alférez Bautista, nos sacudió el escándalo de un mozalbete de belleza extraordinaria que había llegado con los otros para representar, si mal no recuerdo, a un sargento primero de las fuerzas federalistas. El joven no debía tener ni veinte

años, pero se comportaba con la altanería de un general de división. Era un seductor de cepa, la antítesis de los viejos del regimiento Santa Engracia. Sus compañeros le trataban con la admiración que espolea la hermosura, y los nuestros le repudiaron enseguida como si su mera existencia fuese una aberración de la naturaleza. Los jóvenes del pueblo percibieron de inmediato el peligro de su competencia entre las muchachas. Por eso se dieron en seguida a criticarlo por sus modales afeminados como si con ello pudieran enaltecerse por simple comparación o porque entre ese señorito de ciudad y los recios campesinos del llano tenía que haber por fuerza una insuperable diferencia de casta. Con todo, no hubo entre ellos desencuentros. Las francachelas del muchacho se limitaron a los lugares, las mujeres y las calles que le estaban reservadas, de modo que llegamos a creer que su visita quedaría en nuestros anales sin pena ni gloria. No fue así: un día antes de la conmemoración de aquel año, el hermoso sargento federalista amaneció muerto en el burdel de un pueblo vecino, acuchillado con una saña que más de uno juzgó merecida por corresponder a la desazón que su mera presencia había llegado a provocar entre los nuestros.

* * *

Como un valiente, siguió diciendo el capitán Margules con un énfasis que muy pronto comenzó a ser enervante. Se merece por lo menos la Medalla al Buen Servicio, acotó a su vez el raso Béjar, demasiado alcoholizado para una

hora tan temprana. O un funeral patriótico, dijo algún otro, pues nadie como el alférez Joaquín Bautista había aportado tantas luces al conocimiento de la Batalla del Zurco. La idea no pareció mal a los que esa tarde estaban en el cafetín de mi padre. Ya iba siendo hora de tener por esos llanos unas exequias como Dios manda. Quizá entonces los miembros del Regimiento Santa Engracia podrían dejar de lado sus uniformes de campaña y desembaular los uniformes de gala que no usaban desde hacía tres lustros, cuando el Gran Brigadier visitó el pueblo para darles un reconocimiento. Por un instante el alférez suicida se disolvió en el aguardiente, y la nostalgia sembró en los viejos una sonrisa que parecía de gratitud, como si la extinción de su camarada les diese una oportunidad para desempolvarse, ya no sólo con el pretexto de la batalla sino por un entierro militar como no se había visto desde los tiempos del frío. Allí estarían todos, ataviados como húsares, cargando de seis en seis el baúl abanderado del honorable Joaquín Bautista, valiente amigo, muerto en el cumplimiento de su deber, celoso guardián de la sacrantísima memoria de nuestros héroes, pilar de la nación. El Señor Regidor podría después pronunciar una emotiva arenga desde el balcón que daba a la plaza, y el resto del pueblo vería a los sobrevivientes del Regimiento Santa Engracia alineados abajo, sable en mano, conteniendo con prestancia la expresión del hondo sentimiento que les daba perder a un camarada de esas dimensiones, señores, un titán que apenas ayer habría sido sólo un viejo, otro más, que jugaba al ajedrez en los bancos de la plaza y consultaba ostentosamente el reloj de bolsillo que

le habría entregado en su agonía el propio general Iruegas. Aquel reloj ahora pasaría a manos de su sobrina, que estaría también en las exequias como una viuda pulcra, llorando, ella sí, la muerte de su señor tío, ay, tan decente que ni parecía soldado, tan bueno que hasta escribía poemas y le costaba trabajo no querer al enemigo. Yo no entiendo de estas cosas, solía decir la mujer cuando visitaba a mi madre, pero créame que mi tío era un hombre pacífico, no estaba nada bien con las valentonadas de sus compañeros, y hasta llegó a hacerse de palabras con ellos cuando le reprocharon que conviviese con los forasteros que hacían de federalistas. Nunca vi rabiar tanto al bueno de mi tío como el día en que le dijeron que habían acuchillado a uno de los federalistas allá en Cruz de Piedra. A mí me parece que fue entonces cuando el mundo se le vino encima, comadre, porque créame que desde entonces las cosas nunca volvieron a ser las mismas entre mi amado tío y los del Santa Engracia, vaya una a saber por qué.

* * *

Imaginaban las exequias del alférez Bautista y sentían que estaban de vuelta en sus años de gloria. Se alegraban aunque sabían que no era cierto, porque en el fondo había cosas que no podían ser igual que antes y que en la muerte de su camarada había algo de sentencia. Era tan claro como el hecho de que cada año se les moría alguien, tan visible como que estaban cada día más viejos y que ninguno de ellos podría resucitar para el entierro del alférez su uniforme de gala, pues ya desde la visita

del Gran Brigadier sus galas presentaban heridas de polilla mayores que de bala. Y aunque esa tarde lo desearan de otro modo, aunque se jactaran de la fidelidad de sus conmemoraciones, del entusiasmo de sus actores y del realismo del vestuario de los federalistas, se daban cuenta que por más que insistieran en ajustarse a todo aquello la vejez cobraría al cabo su saldo inevitable. Ya resentían en el cuerpo las caminatas hasta la llanura del Zurco, la fatiga de la belicosidad, el peso de las armas. Ya comprendían que no iban a durar así mucho tiempo, y que en la muerte del alférez había cosas que no encajaban.

Recordaban a su pesar que en los últimos meses las aportaciones del alférez, su más devoto compañero, habían sido errátiles, y que sus notas recientes sobre la Batalla del Zurco estaban llenas de incorrecciones que en otros tiempos ni él mismo se habría permitido. Pero lo más grave era que la transformación del alférez Joaquín Bautista había dejado de ser un secreto, y que en el pueblo entero se rumoreaba que días antes de su muerte algo se habría quebrado en la hermandad, algo que todos resintieron profundamente cuando supieron que se había quitado la vida. En voz baja y de noche, mi padre aseguraba que en una de sus últimas reuniones el capitán Margules habría reprochado duramente al alférez que cada vez les informase menos de los resultados de sus incursiones en los archivos del Ministerio de Guerra en la capital. Añadía a esto mi padre que esa tarde el alférez Bautista no tomó muy bien los reclamos de su antiguo superior, y le insinuó con evasivas que había cosas que es mejor no saber, Nicolás, y si tanto te interesan los resultados de mis viajes

a la ciudad, yo mismo me encargaré muy pronto de revelar a los periódicos verdades como templos por las que el Regimiento Santa Engracia tendrá que tomar decisiones importantes. Luego le dijo que estaba pasando por una época algo difícil, con la esperanza de que sus camaradas pudieran echarle una mano, pero que no fueran a creer que mendigaba, simplemente pedía lo justo por una vida entera dedicada a obedecer sus malditas órdenes y a perpetuar, así lo dijo, una infamia como la Batalla del Zurco.

No iban más allá los comentarios de mi padre sobre el desencuentro entre el alférez y sus compañeros, aunque al paso de los días los corrillos del pueblo le fueron añadiendo muchas otras historias, rumores ciertos o malintencionados donde se afirmaba que el alférez no era hombre para chantajear así a sus camaradas, por lo que sus problemas con el capitán Margules debían tener por fuerza otros motivos, y quién sabe, señores, quién sabe si era cierto aquello que decían del capitán, que la mañana en que halló el cadáver del alférez había volteado la casa de arriba abajo buscando en vano una caja de guardar tabaco que estaría llena de documentos comprometedores recabados por el alférez en una de sus últimas visitas de la capital, cuando asistió como testigo a la exhumación de los restos del General Iruegas para enterrarlo en la Rotonda de los Hombres Ilustres. Del contenido de la caja se dijeron muchas cosas, todas ellas vinculadas con el posible hallazgo de un informe forense, una prueba o un testimonio irrefutable de que

al General Iruegas le habían disparado por la espalda, lo cual significaba que, o bien lo habían matado los suyos o bien huía de los federalistas cuando estos lo abatieron en la mítica carga de la Batalla del Zurco.

No sé ni recuerdo de dónde salió esta historia de la caja de guardar tabaco. Sólo sé que nos quedó grabada en la memoria y en el ánimo como la coda de la canción que gritábamos siempre los niños para ofender a los veteranos del Regimiento Santa Engracia. Nunca nadie se ocupó de constatar si fue ésa la razón por la cual el alférez Joaquín Bautista se quitó o perdió la vida. Quizá los viejos, el Señor Regidor y hasta la policía entendieron que era mejor no saberlo. En todo caso, lo cierto es que a partir de entonces la conmemoración de la Batalla del Zurco comenzó a debilitarse al par de sus actores. De la noche a la mañana el Ministerio de Cultura dejó de interesarse por nosotros, las televisoras dejaron de venir y los viejos del Regimiento Santa Engracia se fueron muriendo sin que hubiera forma de impedir que con ellos se extinguiese también nuestro pueblo.

* * *

Una mañana, en tránsito por una estación del tren suburbano, me encontré con mi paisano Carlos Lagunas, amigo de mi infancia y sobrino nieto del alférez Joaquín Bautista, de quien llegó a heredar el reloj que había sido del General Iruegas y los mismos ojos tristes que recordábamos de su desdichado tío abuelo. Me fijé en eso cuando lo vi de nuevo, en sus ojos, que parecían los mismos de hacía no sé

cuántos años, aunque ahora su tristeza se veía acentuada por el martilleo natural de una vida que no debía haber sido muy distinta de la mía: un exilio perpetuo, un bregar entre grandes ciudades sin alcanzar nunca a encontrarse bien en ninguna de ellas o con ninguna persona que no estuviese de un modo u otro vinculada con un pasado provinciano tan añorado como vergonzoso. Yo venía de una entrevista de trabajo en la que no me había ido demasiado bien, de modo que no llevaba prisa ni estaba en condiciones de desdeñar mi encuentro con un antiguo conocido. Parado en el andén, con una gabardina algo raída, Carlos Lagunas leía con atención un periódico deportivo y al hacerlo movía los labios como si le costara trabajo creer, o peor aún, comprender lo que estaba leyendo. Se sostenía primero en un pie y luego en otro con una oscilación nerviosa que me hizo pensar en el péndulo de un reloj. Pensé entonces que aquel balanceo era también una manera de demostrar que no acababa de sentirse a gusto en aquel lugar, como si intentara discretamente emprender el vuelo y largarse para siempre a un pueblo donde no tuviese que esperar trenes ni entretener sus días con acontecimientos deportivos que en el fondo le importaban un higo.

Sin pensarlo demasiado me acerqué a él esperando que me reconociera, lo cual hizo enseguida con un brinco más bien penoso. Nos abrazamos sin mucho entusiasmo, pero igual acabamos charlando en el bar de la estación, cada uno disimulando de la mejor manera su avidez por alargar aquel encuentro. En algún punto de la conversación le pregunté si había vuelto alguna vez a nuestro pueblo, y él respondió que sí, hacía unos diez años, cuando

murió su madre y fue a tomar posesión, entre otras cosas, de la casa donde había muerto el alférez Joaquín Bautista, que había permanecido desocupada desde entonces. Naturalmente, me dijo Carlos Lagunas, encontró la casa de su tío abuelo hecha una ruina. Me contó que no se acordaba de nada. Aquellos cuartos sórdidos, cubiertos de graffiti y minados de jeringas, bolsas de plástico y excrementos de vagabundos no lo emocionaron. Pensó con tristeza, que él no pertenecía a ese lugar, que ya era sólo un hombre de ciudad curioseando en la casa de un fantasma pueblerino. El hombre que lo acompañaba le dijo que si lo deseaba podía pasar al cuarto del fondo. Carlos Lagunas aceptó con desgana, y al apoyar la mano en la perilla de la puerta algo le ocurrió. De repente se sintió guiado por una suerte de intuición insostenible, y el recuerdo le hizo desplazarse con creciente rapidez conforme el niño que había sido tanto tiempo atrás, cuando visitaba aquella casa, despertaba en él. Así entró en el cuarto donde había muerto su tío abuelo y su mirada se dirigió al suelo en el punto donde habría estado la cama. Entonces, con una aprehensión inexplicable, se puso a gatas, hurgó en la duela, alzó de golpe una placa de madera, metió la mano y extrajo una caja pequeña, un tesoro que acaso habría visto a su tío abuelo resguardar alguna tarde en ese mismo escondrijo.

Cómo o por qué había actuado de esa forma, era algo que Carlos Lagunas no acababa de explicarse cuando me contó su historia. Lo cierto es que en ese momento le pareció casi natural que aquel objeto estuviese ahora en sus manos. Fue como si siempre hubiese sido mío, me dijo años después mientras charlábamos en el bar de la estación. O

como si lo hubiera estado esperando con paciencia para que un día de muchos años y muchos muertos más tarde él abandonase corriendo aquella casa y abriese de golpe, en plena calle desolada, aquella caja de guardar tabaco cuyo contenido había sido inventado e imaginado por cada uno de los seres que habíamos poblado su infancia.

Pero era otra cosa, me aclaró luego Carlos Lagunas como si ahora mismo estuviese junto a mí abriendo la caja y esperando hallar la prueba incontestable de que el General Iruegas había sido asesinado por la espalda. No era eso, insistió mi paisano. Eran cartas de amor, carajo, cartas de amor que le había escrito a mi tío el sargento aquél que acuchillaron en Cruz de Piedra, el muy marica. Acto seguido me contó que el alférez Joaquín Bautista tenía aquellas cartas cuidadosamente atadas con cintas tricolores, las mismas con que antes había decorado su uniforme de bravío héroe de la Batalla del Zurco. Carlos Lagunas me lo dijo sin pena, más bien molesto, no sé si con su tío abuelo o consigo mismo o con todo lo que esa revelación significaba. Mientras le oía hablar, pensé que tal vez mi paisano había tenido esa tarde deseos de gritar su desazón, un prurito irrefrenable de escandalizar a alguien en aquel pueblo desierto. Lo imaginé en mitad de la calle, con la caja de su tío en una mano y las cartas amorosas del sargentillo federalista en la otra, mirando con profundo desamparo hacia la plaza donde tantas veces vimos bajar a los héroes del Regimiento Santa Engracia, rebuscando el balcón desde el cual él mismo alguna vez gritó que al General Iruegas lo habían matado por la espalda, reinventándose el momento en que el alférez Joaquín Bau-

tista habría conocido la muerte de su amado. ¿Crees que lo mataron por eso?, le pregunté. ¿A quién? ¿A mi tío o al sargento?, respondió él. Pensé entonces que daba igual: a cualquiera de ellos o a ambos podrían haberlos matado por maricas o por intimar con el enemigo o por amenazar al Regimiento Santa Engracia, al pueblo y a la nación misma con derribar de golpe los bastiones que hasta entonces habían defendido con tanto ahínco. La verdad en este caso importaba poco, y así me lo dio a entender el propio Carlos Lagunas cuando finalmente replicó a mi pregunta con un encogimiento de hombros. Nada era seguro, nada nunca lo había sido. Lo único cierto era el silencio. El pesaroso silencio que esa tarde terminó por instalarse entre nosotros cuando un altavoz casi marcial anunció de pronto la llegada del tren de las mil quinientas.

NO HAY TAL LUGAR

ELISA RAMÍREZ

Lugar oscuro, secreto, intercambiable:
selva, desierto, ínsula, manglar, ciudad en ruinas, estero.
Enorme hueco, pozo de donde brotan las pasiones, a
donde regresan fatigadas.
Vía del alma separada en sueños, sustos, agonías febriles
y ausencias que pisan la sombra de la muerte.
Lugar con resonancia de agua —llevamos su marca:
el ombligo, la coronilla y el espasmo.
En los dedos, veinte rastros de tormenta lo recuerdan.
Resquicio donde la revelación espera,
guardada entre sus vetas de recuerdo
—inmóvil celda fósil de los ámbares.
Sitio cruzado por urdimbres de relatos
y espíritus de viento ululando en descampado,
recorrido con ligereza de larva sobre el agua,
circular en la baba de la araña.
Repta sobre el vientre hasta la apretazón de la lujuria.
Dicta parlamentos desde la media luna del proscenio,
mueve con cuerdas de tramoya los paisajes,
apunta las arias del virtuoso.

Guarda las decepciones y rencores
(los exhala con vaho de anciano
y aliento de carroña sobre los próximos derrumbes),
susurra obscenidades a la espera,
truculencias al insomnio,
deudos dolientes al verdugo.
Nostalgia del navegante,
iluminación de peregrinos,
fe de adelantado en selvas enredadas.
Recinto que accede a la rutina sobre el lomo mullido
sin reclamos de amante enardecida.
Hurga traspatios y tapancos,
a solas en la heredad que algún día ha de serle
adjudicada.
Vuela con aureolas sobre arrebatos místicos,
brilla en los cometas de las epifanías,
está en júbilos y en comuniones.
Marca el tiempo a las bocas y a las manos,
lleva el ritmo en los desfiles del cuerpo victorioso.
Se trenza en batallas
con los cabellos recién cortados de las niñas,
—su placer, guardado aún bajo el capelo de una falda
almidonada.
Roe con ambición los escalones,
trama celadas desde la sumisión agazapada,
cobra cuotas de humillación desde las cúpulas.
Suelta amarras. Desata el temporal sobre los argonautas,
pierde el aliento en tarantelas,
galopa en círculos con la amazona.
Cierra los ojos, tiñe de lujo oriental los festivales,

guarda el olvido: vuelve la amnesia por sus fueros
para sobresalto de las pesadillas.
Único lugar que conoce amores absolutos,
ideas claras y distintas,
exactitud de onanista en el amante,
potencia en la cabeza de los santos.
Se pretende mineral, vegetal, animal;
olvida los campos parcelados,
las leyes de la evolución y sus razones.
Sitio más lejano que la imaginación,
más antiguo que los ancestros,
más recurrente que las inundaciones en los bajos deltas.
Se sabe Babel. Rotundo, finalista.
Conoce la fecha exacta
donde comienza la cuenta de los días,
impera en todo clima.
No puede tenerse ni narrarse.
Reino del tal vez y los hubieras.
El que no ha lugar ni tiene sitio. La utopía.

MILENIO

De hablarnos de tú a tú
podríamos ofrecernos hospedaje,
olvidar las mandas,
tus votos de silencio,
mi vocación de profeta vocinglera.
Nos dejaríamos aturdir por las trompetas,
creeríamos llegado el fin del tiempo,
tañeríamos con el bronce de los elegidos,
gozaríamos del retorno prometido.
Podría ser que hace mil años
—exactamente hace mil años.

DEL MODO SUBJUNTIVO AL INDICATIVO

Si me hubiera sido dado ser otra
me hubiera gustado serlo contigo.
No me fue dado. A ti tampoco.

****

La mariposa busca la luz
tras mi ventana. Mi insomnio se incorpora a cerrar el falso goteo de una llave.

****

Hoy empezó anoche.
Luna y lluvia anticipaban
esta clarísima mañana.
Los volcanes.
Volcándonos de euforia
nos lavamos:
podríamos borrar
el techo
de nuestras oficinas.

EL HERALDO

JOSÉ LUIS ZÁRATE

Hubo una vez un hombre que llegó a la aldea de Farthra. Un hombre esbozado, llevando la tela que cubría sus rasgos del mismo modo que los Habitantes portan su propia piel. Sus ojos eran brillantes, su voz simpática y las frases que utilizaba ingeniosas. Iba de paso, pero los Habitantes, cautivados por él, le invitaron a quedarse unos días.

El hombre accedió, y en las noches se sentaba en la plaza comunal, casi oculto en sus ropas negras. Fijos sus ojos en los hechos que narraba, con precisión absoluta, de tal modo que todos sabían que si al día siguiente les hubiera contado la misma historia, hubiera utilizado las mismas palabras, e idénticas pausas, y hasta su respirar sería el mismo, como si el tiempo no pasara y quien narrara un millón de veces esas historias nunca pudiera morir.

Su voz amable y cristalina relataba hechos maravillosos, pero terribles siempre. Describiendo los desastres y las muertes con el tono que otros utilizaban para hablar de mujeres sonrientes. Hechos, actos, acciones de un brillo oscuro y atractivo.

Durante el Hambre, dijo, una aldea lejana dejó de comerciar con las otras poblaciones y llegó a no pagar im-

puestos al Trager Dan del lugar por lo cual éste envió a los Jinetes y a los Hombres de Fuego.

Pero los Jinetes no encontraron a nadie para castigar: ningún hombre se hallaba en los secos campos, ninguna mujer pescaba en el río agonizante.

Un hombre, uno solo, se hallaba en la aldea. Un hombre gordo y sonriente que los recibió diciendo:

—Todos muertos, nadie aquí, nadie allá, todos jugaron.

El hombre mostró un ajado mazo de cartas del azar y aseguró que todo era suyo, pero que se los regalaba de buena gana.

—¿Qué pasó aquí? —dijeron— ¿Una batalla? ¿Los parias bajaron de las montañas? ¿Hubo alguna epidemia?

—Eso —aplaudió el hombrecillo— sí, eso: una epidemia de mala suerte... una epidemia de cartas oscuras, sin ningún valor. Todos víctimas de la oscuridad de las cartas... menos yo, menos yo.

Los Jinetes, desde sus monturas, lo observaron atentamente. Era gordo, pálido y débil. Pero había algo en él diferente, aparentándolo más con ellos y sus oscuros propósitos.

—¿Qué pasó aquí?

—El Hambre —dijo el hombre de la aldea de Farthra a los Habitantes, casi con cariño, como si fuera un visitante que estuviera a punto de llegar con ellos, también. El Hambre llegó en la noche, sobre pies de polvo, y tocó los sembradíos y la aldea fue muriendo poco a poco hasta dejar a unos cuantos, terriblemente hambrientos y débiles. Eso pasó. Y una noche, en la cual la muerte rozaba las paredes, alguien sugirió un juego.

"Las Cartas, juguemos a las cartas. Apostando algo. Algo valioso... la ración de mañana."

"Y sólo uno ganó al final, y así fue dueño de la aldea, de cada casa y las siembras muertas, y ese hombre supo que tarde o temprano llegaría alguien a cobrar los impuestos con armas en las manos y el fuego preparado, y ese hombrecillo, al verlos ante él, no les dijo que, en verdad, los Jinetes y el Trager Dan son también parte del Hambre."

"Alguien llevó al sobreviviente a otra aldea, mientras los Jinetes recorrieron las chozas buscando algo de valor, pero sólo se encontraron con casas limpias y huecas, tan vacías de valor como de Habitantes."

"Incluso los insectos habían desaparecido, el polvo era uniforme, y los camastros estaban tendidos, los trastos alineados en su lugar, y las cortinas cerradas sobre ventanas recientemente limpias como si hubiera pasado un último día en el cual los hombres y las mujeres hubieran arreglado sus casas y sus cosas antes de salir para encontrarse con la muerte."

"Era una aldea muy pulcra y nadie encontró las tumbas."

"El río cercano no hubiera podido llevar en su cauce ningún cuerpo y la tierra no daba señales de haber sido rota."

"Una sola casa era diferente, y lo que vieron en ella los hizo ir a buscar al hombrecillo gordo con las armas desenfundadas."

"Ahí, cuidadosamente apilados, había un buen número de esqueletos. Una pirámide resistente, con huesos entrelazados, con grecas y adornos formados por dedos y pies, sonrientes pilares de cráneos. El tiempo que requi-

rió esa construcción debió haber sido mucho, acomodando cada fémur, tibias, caderas. Una construcción sucesiva."

"Junto a ello, una mesa astillada, un fogón fresco, cuchillos y hachas. Sal. Especias. Un plato enorme, cubiertos afilados."

"El hecho, sencillo y lógico, afirmando el verdadero valor de las apuestas."

"Fue un juego terrible: quien perdiera era destrozado, hervido, devorado. El Hambre determinó que en medio de su imperio ésa era la mejor solución."

"¿Hubo siempre un ganador a vencer?"

"De ser así, los supervivientes, temerosos o con envidia, lo habrían matado, apoderado de su carne sin el trámite azaroso de las cartas."

"Debió ocurrir que un grupo apostó sus alimentos, y cuando estos se acabaron, apostaron su propia carne, primero entre sí, luego ante los que quedaban de los otros grupos."

"Y hubo juegos nocturnos y sacrificios inmediatos y quienes jugaban comían hasta acabar sus raciones. Un cuerpo humano tarda bastante en terminarse: debieron salar la carne, conservar cada pedazo, pero irremediablemente la porción desaparecía, terminaba, y era hora de enfrentarse a otra partida, de ir otra vez a la casa que determinaron fuera la del sacrificio, para recibir un mazo de cartas y determinar con ellas su futuro."

"La carta oscura significaba el fin, las blancas y neutras, otra oportunidad."

"La ambición de ser el sobreviviente determinaba que las partidas continuaran sin fin, cada vez con menos ganadores, mientras la desesperación era reemplazada por

las partidas cada vez más elaboradas, en donde se pensaba cada movimiento, y en el cual cada participante era, en cierta manera, un experto."

"Y cuando ganaban, e iban a sus casas con su sangrante premio, se quedaban todo el día practicando, ensayando, retando a las cartas oscuras a no salir."

"¿Hubo, en esa partida interminable, quien apostara a sus hijos? Sin duda alguna. Pagando niños por ver las cartas, para mantener altas las apuestas, para forzar al otro a hacer una apuesta similar."

"Gente que conocían, cercana, convertida por las cartas, en el último bastión entre ellos y el Hambre."

"¿Qué se dijeron las familias mientras consumían sus premios?"

"¿Cuáles eran las charlas de sobremesa en esa aldea?"

El hombre amable miraba a las personas de Farthra y sonreía, como disculpándose de la anécdota, pero sus ojos eran brillantes, y durante un instante había la terrible sospecha que el hombrecillo de la aldea innominada era ese mismo, quien hablaba con una voz tan calmada y cristalina, y cuyas manos se hallaban ocultas bajo las ropas, tal vez sosteniendo un mazo de cartas. Un cuchillo.

Pero el narrador sonreía una vez más, mientras negaba con un gesto casi imperceptible.

No, no era él.

—Puedo decirles —continuó— de un requisito para jugar: los huesos limpios del premio anterior.

"Por ello la pirámide. Cada quien acomodaba en ella sus culpas, formando bellos diseños por que esos restos eran, también, un trofeo de victorias."

"Jugaban sus vidas, siempre en la noche, para que la oscuridad anidara en las cartas, y luego —si acaso podían escapar del azar y de las probabilidades regresaban al hogar con la carne."

"Y antes de ir a la partida en la cual era posible que perdieran, arreglaban cuidadosamente su casa, para llenar las horas, y en cierta forma como una especie de conjuro, prometiéndole a las cosas limpias y pulcras el regreso."

"Y también era posible adivinar que pasaron mucho tiempo puliendo los huesos, mirándolos, añorando su sabor."

"Y los primeros en ser muertos fueron los niños, débiles fichas, y sus padres jugaban por la venganza, para devorar al devorador de sus hijos, o para encontrar el olvido en otras hambres, y ganaban o perdían y en ambos casos ese hecho era una redención."

"Y la aldea continuó jugando hasta el momento en que quedaron sólo dos participantes, frente a frente. Y cuando llegó la hora de la partida se miraron uno al otro con ojos brillantes y sonrieron mientras, involuntariamente, segregaban saliva. A mitad del juego tocaban, casi con amor, el brazo del contrincante."

"Esa noche las cartas no iban a decidir la supervivencia. Esa noche el único azar era quién decidiría cuál era el momento más apropiado para asesinar."

"Y los Jinetes no encontraron jamás al hombrecillo, pero recordaban sus carnes grasosas, sus modales untuosos. Y todos ellos tenían la convicción de que, cuando entraron a la aldea, empezó a considerarlos alimento, a segregar saliva."

"Y una dieta así no puede olvidarse, y la carne bnadiana, los peces nart, los productos del dno son pálidas imitaciones de esa carne cada vez más jugosa, de la emoción caótica de los juegos. Aseguran que ronda por las noches en los caminos esperando un viajero, una persona solitaria, con un cuchillo en las manos, hambre en los ojos. Y a veces, cuando está de humor, aparece con una sonrisa enorme y un ajado mazo de cartas negras en las manos."

El narrador sonrió. Fin de la historia. Sacó sus manos, blancas e inocentes, de entre sus ropas y las enseñó antes de afirmar:

—Afirman, dicen, he dicho que todo esto es verdad.

La aldea de Farthra escuchaba cada noche las anécdotas de ese hombre simpático, pero cada uno de sus habitantes sentía la noche diferente, a las palabras apretarse junto con la oscuridad contra sus ventanas, intentando entrar no sólo en sus casas sino también en sus vidas.

Recordaban la relatada historia de los niños asesinos, de la venganza del bnadiano, los crímenes de los parias, el silencio en el límite del bosque de Andarh cuando se internaban en él quienes nunca saldrían de esa oscuridad verde. Y al hombre terminando siempre con la misma afirmación terrible: Afirman, dicen, he dicho que todo esto es verdad.

Palabras rituales de los Heraldos.

Pero ese hombre no podía ser uno de ellos, sus ropas eran bastas y oscuras. No llevaba un emblema ondeando en lo alto de una vara de jinto amarrada en la espalda. Y además, ¿heraldo de quién?

Recibieron la respuesta en la noche, cuando un hombre llegaba con un mazo de cartas o unos niños pálidos y extraños les pedían que se agacharan un poco para darles un beso, decirles un secreto, mostrarles la muerte.

Y cada Habitante, al despertar de golpe, huyendo de los sueños, supo a quién servía el Heraldo.

Así pues, un día de tantos, todos se reunieron en el centro del pueblo para decirle al hombre agradable que se fuera de inmediato, o muriera en sus manos.

El hombre sonrió cautivadoramente, una vez más, y respondió que era preferible dejar la aldea.

Pero antes debía contar una última historia.

No, no terrible, simplemente una historia.

—Un escriba, en un lugar lejano, escucha el relato del hombre de las cartas y le parece tan interesante como las extrañas maravillas que los viajeros aseguran existen más allá de la frontera de lo conocido, y ese hombre escribe el relato, amorosamente, con el cuidado exquisito de los escribas, asegurándose que la piel del bnadiano sea tersa y suave, y la tinta-ácida fresca, imprimiendo huecos en la piel, oquedades representando palabras que sólo él y sus dedos pueden descifrar, y lee el relato cada noche y le gusta más y ahora, a cada viajero que recibe le habla sobre las apuestas de vidas, y los viajeros le narran, a su vez, historias igual de terribles, no tanto de lugares lejanos sino de aldeas reconocibles, sobre hombres y mujeres de acciones oscuras.

"Después de un tiempo, un par de años, el escriba comprende cuando desea ser él mismo como esos seres de

los cuales escribe. En cierta forma incomprensible, eran libres, diferentes. Grandes en sus obsesiones o en su crueldad."

"Pero él no es cruel, y su obsesión se limita a observar el asombro en la cara de sus escuchas mientras lee, en intentar comprender cómo los huecos de las palabras contienen esa oscuridad... o más bien la sombra de esa oscuridad, el eco de gritos extinguidos hace mucho."

"Y un día decide ir por los caminos, en busca de los relatos y de los escuchas, y cuando llega a una aldea le gusta leer, como si fuera una liturgia Kaldy, los hechos que atesora en sus pieles, e invariablemente —al terminar— alguien relata un suceso que puede compararse al escuchado, y el escriba lo anota en sus pieles de bnadiano, quemándolas cuidadosamente con la tinta-ácida, y guardando bien cada relato antes de continuar su camino."

"A veces un lugar es rico en historias, y en uno de ellos el escriba relata cómo un hombre se deshace de su mujer sin ningún peligro de ser descubierto, habla del metal como una brillante gota resplandeciente cayendo en un oído desprevenido."

"El escriba escucha, a su vez, los relatos de crueldad que ese sitio atesora, y sonríe complacido."

"Sigue su camino, pero varios Jinetes llegan por él en medio de una nube de polvo, lo detienen rudamente, sus amadas pieles arrebatadas, golpeado y herido."

"Lo llevan a rastras hasta el castillo del Trager Dan y ahí un joven príncipe le escupe al rostro y le ordena contar una historia: aquella narrada en la aldea que acaba de dejar, la gota al rojo vivo, crepitando de muerte."

"El escriba relata ese crimen minucioso, y el príncipe, al término de ella, habla de su padre, del cadáver de ojos abiertos y el peso inusitado de su cabeza, la oscura perla acerada que encontraron en su interior."

"El Trager Dan muerto a causa de una historia: por ello la ira, los golpes, la saliva ajena corriendo por su rostro. Y el nuevo dueño del lugar, ante él, reclamando que sus palabras brindaron el método al asesino."

"El príncipe sonríe al ver el temor del escriba y le dice: eres culpable, tanto o más que el asesino, muerto ya en metal hirviente."

"El escriba pregunta si también él va a morir."

"No, dice el príncipe, porque, en cierta forma, te debo un favor, pero también te debo el temor de esa muerte en particular, el miedo a la siseante muerte que me obsesionará toda la vida. No puedo matarte, pero debes pagar por ello."

"El escriba teme perder su lengua, ser lisiado. Los Trager Dan son particularmente crueles, ya que el temor es uno de los pilares del poder."

"El príncipe hace una seña para que sus hombres desenfunden el acero y dice: quiero que escribas tus mejores historias para mí... ahora."

"Con ese miedo que es tanto que se convierte en aceptación, el hombre toma el relato de las cartas, de los niños, del bosque de muertos."

Todos aquellos que ha escuchado la aldea de Farthra.

—El escriba saca su pluma, el frasco de tinta-ácida y busca una piel de bnadiano, y sólo encuentra la mirada implacable del Trager Dan y las hojas brillantes de metal.

A un gesto los guardias blanden sus armas y cortan las ropas del escriba.

"Ahí tienes la piel, dice el príncipe. ¡Empieza!"

"Y el escriba graba los huecos de las palabras, sintiendo cómo la tinta quema su carne. Y graba en cada centímetro de piel a su alcance, y le queda espacio, aún, para una última historia."

"El escriba comprende, entonces, que el azar ha determinado todo: es el espacio exacto para narrar la venganza del Trager Dan."

"Su deseo se ha cumplido: es ya parte de sus historias."

Y el hombre agradable, en medio de la aldea de Farthra abrió sus ropas con una mano, mientras la otra iba recorriendo esa piel devastada, terriblemente herida, roja y negra, en la cual los minúsculos huecos de las palabras lo cubrían todo."

Acariciando las palabras, la última oración que escuchaban en ese instante:

—Afirman, dicen, he dicho que todo esto es verdad.

Las últimas palabras que pronunció el escriba, el cual se alejó esa misma noche del lugar, silencioso en sus ropas bastas, cubierto de telas y miedo.

El único Heraldo de la Oscuridad.

Óscar de la Borbolla

Nació en la Ciudad de México el 8 de septiembre. Ensayista, narrador y poeta. Obtuvo la maestría en filosofía en la UNAM y el doctorado en la Universidad Complutense de Madrid. Ha sido profesor de filosofía en la FES-Acatlán de la UNAM; maestro en la Escuela de Escritores de la SOGEM; coordinador de talleres en universidades, casas de cultura y el CNIPL del INBA; guionista de los programas radiofónicos "Ucronías Radiofónicas" en Radio Educación y "La Carta Radiofónica" en Radio Trece. Su obra ha sido traducida al inglés, francés y serbocroata. Colaborador de *Alfil*, *Blanco Móvil*, *El Día*, *El Nacional*, *Excélsior*, *Galería*, *Los Universitarios*, *México en la Cultura*, *Plural*, *Revista Mexicana de Cultura*, *Revista Universidad de México*, *Sábado*, *Siempre!* y *Sin Embargo*. Premio Internacional de Cuento Plural 1987 por *Las esquinas del azar*. Premio Nacional de Humor "La Sonrisa" 1991 por *Nada es para tanto*.

Algunas de sus obras son: *Un recuerdo no se le niega a nadie*, *Las vocales malditas*, *Los siete pecados capitales*, *El amor es de clase*, *Dios sí juega a los dados*, *Asalto al infierno*, *La muerte y otros ensayos*, *Filosofía para inconformes*, *La rebeldía de pensar*, *Nada es para tanto*, *Todo está permitido* y *La libertad de ser distinto*.

Josefina Estrada

Es narradora, ensayista y editora, nacida en la Ciudad de México. Estudió la licenciatura en Comunicación Social de la UNAM. Fue becaria de narrativa INBA-Fonapas . Entre sus obras destacan: *Domingo es un buen día para morir*; *Los siete pecados capitales*; *Malagato*; *Para morir iguales*; *El Cali, de chavo banda a ceuísta*, *Desde que Dios amanece*; *Virgen de medianoche*, *El señor del espectáculo*; *Señas particulares* y *La muerte violenta en la Ciudad de México* (Premio de Crónica Urbana Salvador Novo). Es Premio Nacional de Testimonio INBA-Chihuahua por el libro *Con la rienda suelta*.

Saúl Ibargoyen

Nació en Montevideo, Uruguay. Radica en México desde hace muchos años, por lo cual tiene la nacionalidad mexicana. Poeta, novelista, cuentista, traductor, periodista cultural, editor, coordinador de talleres de poesía. Coordinador de programas, cursos y talleres de creatividad poética, en diversas etapas, en Casa del Lago (UNAM), Conarte de Nuevo León, Hostería del Bohemio, INBA, Instituto de Comunicación y Desarrollo. Su obra ha sido traducida al inglés, ruso, francés, polaco, portugués, bielorruso, rumano, alemán, esloveno, árabe, coreano e italiano, además de incluida (poemas, cuentos, ensayos) en varias antologías y muestras de la literatura uruguaya, mexicana y latinoamericana.

Por su libro *El escriba de pie* recibió el Premio Nacional de Poesía "Carlos Pellicer" 2002, obra publicada. Obtuvo el primer premio en los XXXIV Juegos Florales de San Juan del Río, 2004, por su libro inédito *¿Palabras?*

Hernán Lara Zavala

Estudió Letras Inglesas e hizo una maestría en Letras Hispánicas en la UNAM, así como otra maestría en "Estudios sobre la novela" en la Universidad de East Anglia, en Inglaterra. Cuenta con una amplia trayectoria como profesor y como escritor. Fungió como Director de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM de 1989 a 1997 y como Coordinador del Centro de Estudios Literarios del Instituto de Investigaciones Filológicas durante 1998.

Algunas de sus obras son: *El mismo cielo* (Premio Latinoamericano de Narrativa Colima por obra publicada), *Después del amor y otros cuentos* (Premio José Fuentes Mares), *Cuentos escogidos*; *Charras*, *Las novelas en el Quijote*, *Contra el ángel* , *Tuch y Odilón* y *Viaje al corazón de la península*.

Vicente Leñero

Novelista, guionista, periodista y dramaturgo mexicano nacido el 9 de junio en Guadalajara, Jalisco. Se graduó en la Universidad Nacional Autónoma de México en 1959 con el grado de ingeniero civil, pero Leñero pronto se refugió en la escritura para ganarse la vida.

Ha escrito numerosos libros, historias y obras de teatro. Ganó el Premio "Xavier Villaurrutia" en el 2001, y al año siguiente recibió el Premio Nacional de Ciencias y Artes de México en literatura y lingüística. Algunas de sus obras son: *La polvareda*, *La voz adolorida*, *Los albañiles* (Premio Biblioteca Breve).

Leñero también ha incursionado en otros géneros. Fue guionista de la película *El crimen del padre Amaro*. También ha publicado notas periodísticas en el diario *Excélsior* y en las revistas *Claudia* y *Proceso*.

Rosa Nissán

Nació en la Ciudad de México y estudió en la Universidad Femenina. Su primera novela fue *Novia que te vea*, novela que ha tenido varias reimpresiones. En 1996 aparece su novela *Hisho que te nazca*, continuación de *Novia*. Además de estas novelas ha escrito una crónica-diario de viaje a Israel. Rosa Nissán está muy activa en el ambiente literario en México y participa en conferencias y congresos literarios. Otras de sus actividades son la fotografía y los audiovisuales. Actualmente se dedica a escribir artículos para periódicos y revistas, también coordina dos talleres literarios: uno a nivel particular y otro en la UNAM, campus Acatlán.

Ignacio Padilla

Estudió Comunicación en la Universidad Iberoamericana, Literatura inglesa en la Universidad de Edimburgo y se doctoró en Literatura española e hispanoamericana en la Universidad de Salamanca con un estudio sobre Miguel de Cervantes. Ha colaborado en varias revistas literarias. Su narrativa ha cosechado una docena de premios nacionales e internacionales, y ha sido traducida a más de quince idiomas. Entre sus libros destacan las colecciones de relatos *Subterráneos* y *Las antípodas y el siglo*; las novelas *Si volviesen sus majestades*, *Amphitryon* (Premio Primavera de Novela) y *Espiral de artillería*. Es también autor de varias novelas para niños y del ensayo *El diablo y Cervantes* (2005). Recientemente obtuvo el III Premio Iberoamericano de Ensayo y Debate-Casa de América 2010 con la obra *La isla de las tribus perdidas*.

Elisa Ramírez Castañeda

Nació en México, D.F., el 17 de abril. Ha publicado los siguientes libros de poesía: *Palabras* y *¿Quieres que te lo cuente otra vez?*. Ha traducido, entre otros, a los poetas norteamericanos Anne Sexton y Mark Strand. Socióloga de profesión, se ha dedicado, a la antropología y principalmente, al estudio de la tradición oral indígena, campo en el que tiene numerosas publicaciones; destaca, entre éstas, *El fin de los montiocs*. Es profesora de la ENAH.

José Luis Zárate

Es uno de los más activos creadores actuales del género de ficción en México. Tiene una larga lista de reconocimientos nacionales e internacionales. Entre ellos el Premio Internacional de Novela MECyF en dos ocasiones con: *Voces del mar* y *La ruta del hielo y la sal*. Ganó el premio nacional Kalpa al mejor cuento mexicano de ciencia ficción de la década de los ochenta, convocado por la revista *Tierra Adentro* y el CONACULTA, por *El viajero*. El Círculo Argentino de Ciencia Ficción le otorgó el premio Más allá. Ha publicado, entre otros, los libros *Hyperia*, *Las razas ocultas*, *Xanto*, *Novelucha libre*, *Quitzä y otros sitios* y *En el principio fue la sangre*.

Este libro se imprimió en la Ciudad de México en el mes de abril de 2012.

El tiraje fue de 10,000 ejemplares para préstamo a los pasajeros que viajan a bordo de Autobuses ADO Platino y ADO GL. Es cortesía de **ADO Y EMPRESAS COORDINADAS, S.A. DE C.V. Y PARA LEER EN LIBERTAD A.C.**

Queda prohibida su venta.
Todos los derechos reservados.